Ayuntamiento de Madrid

MB
1.890
(dos tomos

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

MB 1703

Ayuntamiento de Madrid

(obra) Barbazan 1.890 (dos tomos)
2632

PANORAMA MATRITENSE.

Cuadros de costumbres

DE LA CAPITAL,

observados y descritos

POR

UN CURIOSO PARLANTE.

50517

TOMO PRIMERO.

BIBLIOTECA MUNICIPAL - MADRID

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1835.

Ayuntamiento de Madrid

XX. *El poeta y su dama.*
XXI. *Las ferias.*
XXII. *Riqueza y miseria.*
XXIII. *El campo santo.*
XXIV. *Pretender por alto.*
XXV. *La político-manía.*
XXVI. *El aguinaldo.*

El segundo tomo, que está en prensa, contendrá:

I. *Las tres tertulias.*
II. *El estrangero en su patria.*
III. *La capa vieja.*
IV. *Las niñas del dia.*
V. *El dominó.*
VI. *La compra de la casa.*
VII. *Los paletos en Madrid.*
VIII. *La filarmonía.*
IX. *Policía urbana.*
X. *La casa á la antigua.*
XI. *El dia de fiesta.*
XII. *La casa de Cervantes.*
XIII. *El Diario de Madrid.*
XIV. *La procesion del Corpus.*
XV. *Las calles.*
XVI. *El patio del Correo.*
XVII. *Las casas de baños.*
XVIII. *El sombrerito y la mantilla.*
XIX. *La vuelta de París.*

Y algunos otros.

Precio de cada tomo por suscripcion 18 rs. y de venta 22 en la librería de Escamilla, calle de Carretas, y en las Provincias 20 y 24.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

"Oiga Señor vision, dejenos el paso franco."

(La calle de Toledo.)

Ayuntamiento de Madrid

Panorama

MATRITENSE.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Panorama

MATRITENSE.

*

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

« *J'emprunte au public la matiere de mon ouvrage ; c'est un portrait de lui que j'ai fait d'apres nature.* »

« El público me ha servido de original ; mi obra es su retrato. »

LA BRUYERE.

I.

El Panorama.

Uno de los ramos mas bellos de la literatura, y por lo tanto de los mas cultivados por los escritores de todos los paises, ha sido siempre la descricion de las costumbres y usos populares. Las plumas mas acreditadas, convirtiéndose para este objeto en pincel pictórico, han diseñado en todas épocas aquellos cuadros animados que forman el movimiento de

Ayuntamiento de Madrid

la sociedad, y haciendo resaltar cuidadosamente en ellos los rasgos característicos de los vicios ó las ridiculeces humanas, y que en cada pais toman matices tan varios y caprichosos, sirvieron tambien para castigar venialmente los desórdenes morales por su oportuno contraste con la virtud y la filosofía. Bajo este aspecto debe considerarse aquel trabajo, no únicamente como una mera diversion ó pasatiempo, ni tan solo como un cuadro histórico del progreso social del pais que intentara describirse, sino tambien como una leccion moral mas ó menos severa que lleva envuelto el noble objeto de mejorar la condicion y las inclinaciones humanas.

" Los hombres son niños grandes," ha dicho un filósofo con mucho acierto, y por lo tanto reciben con mas gusto las advertencias útiles en una ingeniosa fábula que en un erizado discurso, siempre que aquella vaya acompañada de la verdad y la buena fé, y no degenere de crítica festiva en mordaz y despiadada sátira que irrita en vez de convencer.

Sobre todos los medios que el genio humano ha adoptado para desenvolver aquella benéfica idea, el teatro ha obtenido siempre

Ayuntamiento de Madrid

la preferencia, tanto por la ventaja de sus medios, como por la importancia y grandeza de sus resultados. Los eminentes autores que desde la invencion de este arte encantador dedicaron á él sus trabajos, nos han dejado sucesivamente una animada galería en que contemplar el desarrollo y cambios progresivos de las costumbres públicas. Designados en ella los caractéres con toda propiedad, ofrecidos al espectador en una accion interesante y palpable, por decirlo asi, y desenvueltos con las gracias de un animado diálogo, permiten comparar distintamente el diverso giro que tomaron segun los varios pueblos y distintos grados de civilizacion, y por esta causa el observador de las costumbres acudirá siempre á buscar en el teatro el espejo mas fiel de la sociedad que desee conocer.

Otros escritores renunciando á aquellas ventajas, y buscando un cuadro mas estenso que el que por sus breves límites permite la accion teatral, formaron historias y novelas fantásticas en que desenvolviendo un pensamiento moral, pudieron entrar en los detalles mas minuciosos de la vida privada. Algunos encerraron sus observaciones en viajes descriptivos, cartas

Ayuntamiento de Madrid

críticas, romances é ingeniosas poesías; y otros finalmente, valiéndose para este mismo objeto de la voga de los periódicos en los dos últimos siglos, adoptaron el medio de presentar en ligeros artículos de costumbres las escenas animadas de nuestra moderna sociedad.

Todos los medios arriba indicados fueron puestos en práctica en nuestra España por autores eminentes que correspondieron á su objeto con grandioso resultado. El teatro de nuestra nacion, llevando la primacía á los demas de Europa, ofreció muy luego un tesoro inestimable en este género á los hombres de buen gusto, y dificilmente pudieran desearse pinturas mas fieles y de mayor filosofía que las que dejaron en portentosa variedad las encantadoras plumas de Lope de Rueda, Naharro, Lope de Vega, Calderon, Tirso, Moreto, Alarcon, Zamora y Cañizares, y en los modernos tiempos Moratin, Cruz, Gorostiza, Breton de los Herreros, Gil y Zárate, Larra y otros.

Los novelistas y romanceros no tuvieron que envidiar en fecundidad y buen gusto á los escritores dramáticos, y tambien en este género puede nuestra nacion envanecerse con es-

Ayuntamiento de Madrid

critores de primer orden. Descuella á su frente *el escritor alegre*, *el regocijo de las musas*, *el inimitable Cervantes*, honor y gloria de su patria, admiracion y envidia de las estrangeras. Su obra inmortal será en todos tiempos el límite que demuestre hasta dónde puede elevarse la humana fantasía, dirigida por el mas profundo saber. *La Celestina* del Bachiller *Fernando de Rojas* es otro de los tesoros de nuestra lengua; el *Gil Blas de Santillana*, aunque desgraciadamente no pareció en ella desde su primera publicacion, ofrece en cada una de sus páginas una prueba mas convincente de su oriundez que todas las discusiones con que se ha pretendido negarla. El *Diablo cojuelo* de *Luis Velez de Guevara*, y el *Guzman de Alfarache de Mateo Aleman*, son pinturas animadas de muchas clases de nuestra sociedad, y aunque ignoramos el verdadero autor de los *Viajes de Henrique Wanthon*, y aun si son originales ó traducidos, no puede negárseles qué reunen á la novedad del pensamiento la ecsactitud y gracia en las descriciones, y la delicadeza y finura de la crítica. El apreciable *don José Cadalso* en sus *Cartas marruecas* y en los *Eruditos á la violeta* dejó testimonios dignos

Ayuntamiento de Madrid

de estimacion en este género ; y la distinguida pluma del *P. Isla* no se desdeñó tampoco de consagrarle su tributo. Por último, los innumerables romanceros heróicos, caballerescos y jocosos, el festivo *Quevedo*, el ingenioso *Góngora* y el satírico *Iglesias*, manejaron admirablemente la poesía española en la descricion de las costumbres populares. Unicamente el último de los medios adoptados por los escritores de otros paises para la pintura moral de la sociedad, por medio de artículos sueltos insertos en los diarios, ha sido descuidado en nuestro pais, por la sencilla razon de ser en él poco comunes aquellas publicaciones periódicas.

El *Espectador* de Londres, que parecia á principios del pasado siglo, fue el primero que dió el ejemplo de este nuevo género con tanto mayor suceso, cuanto que para ello contaba con la filosofía y la pluma de *Adisson*. Un siglo despues, y ya muy entrado el actual, los artículos hebdomadarios de *Mr. de Jouy*, comunicados á la *Gaceta de Francia* bajo la emblemática firma de *L'Hermite de la Chaussé d'Antin*, acabaron de poner á la moda este nuevo género, y desde entonces fue circunstancia indispensable para un periódico el ar-

Ayuntamiento de Madrid

tículo de costumbres, ocupándose en ello plumas muy acreditadas. Mas adelante aparecieron estos cuadros reunidos en colecciones mas ó menos apreciables, desde cuyo tiempo, y siguiendo siempre la misma forma de artículos sueltos y sin la trabazon de una seguida novela, se fabricaron en los infatigables talleres literarios de París y de Londres tantas y tan variadas obras de esta clase, que muy pronto llenaron el orbe literario de costumbres no solamente de aquellos paises, sino rusas, alemanas, italianas, griegas, americanas, suizas, portuguesas y españolas. Por desgracia no todos fueron Adisson y Jouy, y de aqui resultaron producciones tan peregrinas que pone grima el ocuparse de su lectura. Sirvan de ejemplo las que pretenden contraerse á nuestra nacion, en las cuales puede asegurarse que sin leer el título y algun otro nombre propio apenas habria un español que sospechase que se hablaba de su patria, pues carecen absolutamente de toda verdad y del mas ligero colorido del pais; mas bien creeria que se trataba de algun estado de lo interior del Africa si la pretendida importancia que se da á las rejas y celosías, la capa y la mantilla, la

Ayuntamiento de Madrid

guitarra y el puñal, no le hicieran conocer que se ha querido hablar *inocentemente* de nuestra España.

El medio mas prudente de combatir tan ridículas caricaturas prodigadas hace dos siglos contra nosotros, destruyendo la impresion funesta que causan en la crédula multitud, es el de presentar sencillamente la verdad, oponer á aquellos cuadros falaces é interesados el colorido propio del pais, las acciones y hechos comunes á todas las clases, la naturaleza, en fin, revestida de formas españolas. No ocultar los defectos, no encarecer las virtudes, no alabar demasiado ni criticar sin necesidad; observar los efectos, indagar las causas, y no desdeñar por pequeña ninguna circunstancia que pueda conducir á encontrar la verdad. Un *Panorama moral* semejante, si ha de responder á su objeto, ha de abrazar en la estension de sus cuadros todas las clases sociales; la mas elevada, la mediana y la comun del pueblo; pero sin dejar de tener presente que la primera se parece mas en todos las paises por el esmero de la educacion, la frecuencia de los viajes y el imperio de la moda; que la del pueblo bajo tambien es semejante en todas

Ayuntamiento de Madrid

partes por la falta de luces y de facultades; y que la clase media, en fin, por su estension, variedad y distintas aplicaciones, es la que imprime á los pueblos su fisonomía particular, causando las diferencias que se observan en ellos. Y hé aqui la razon por qué en obras tales, si bien no dejen de ocupar su debido lugar las costumbres de las clases elevada y humilde, deben obtener naturalmente mayor preferencia las de los propietarios, empleados, comerciantes, literatos, artistas, y tantas otras profesiones como forman la medianía de la sociedad.

II.

El Curioso Parlante.

Va para tres años que un curioso de esta corte, en quien un sentimiento de amor patrio pudo mas que el profundo convencimiento de su insuficiencia para tamaña empresa, se de-

Ayuntamiento de Madrid

cidió á acometerla, mas bien con el objeto de dar á conocer en nuestro pais un nuevo género que otras plumas mas dignas habrán de perfeccionar, que con el de buscar gloria literaria, de que está muy lejos de hacer profesion. Largo tiempo habia desechado esta idea como una tentacion peligrosa, y considerádose el menos á propósito para desenvolverla; mas viendo la palestra tan abandonada por parte de los ingenios que pudieran honrosamente defenderla, considerando que este silencio de nuestras parte es lo que disculpa en cierto modo la petulancia con que los estrangeros nos juzgan y nos hacen juguetes de su fantasía, y animado, en fin, con la medianía ó insustancialidad de las obras de estos que motivaban su encono, no pudo resistir al deseo de romper aquel silencio, prescindiendo para ello de un rasgo del carácter nacional, que consiste en no emprender muchas cosas útiles por el miedo de no hacerlas perfectas desde un principio.

Otro motivo, en fin, personal acabó de determinarle á ello: hacía entonces pocos meses que el mismo amor á su pueblo de Madrid le habia guiado á publicar una descricion material de él, fruto de algunos años de traba-

Ayuntamiento de Madrid

josas investigaciones (1), y tenia la fortuna de haber merecido de sus compatriotas tan favorable acogida, que se hallaba en aquellos momentos con la grata satisfaccion del hombre laborioso cuando ve coronado por el aprecio público el resultado de sus tareas. Deseoso de corresponder á tan escesiva bondad, pareció-le de su deber emprenderlas nuevamente en su obsequio. Habia pintado el Madrid físico, quiso atreverse á pintar el Madrid moral.

Publicábase por entonces en esta corte (enero de 1832) el periódico semanal titulado *Cartas españolas*, y á él le pareció conveniente el dirigirse con sus artículos ó escenas matritenses bajo el pseudomino de *el Curioso parlante*, en cuya forma continuó su tarea todo el tiempo que duró aquel periódico, y despues en la primera serie de la *Revista española* que le sustituyó, hasta que en abril de 1833 suspendió del todo dicha comunicacion. En tan dilatado tiempo tuvo la fortuna de recibir muestras tan repetidas de benevolencia, que le escitaban á continuar mas y mas en su propósito, si bien no pudo me-

(1) El *Manual de Madrid, Descricion de la corte y de la villa.*

Ayuntamiento de Madrid

nos de atribuir tan buen suceso á la novedad de la idea mas bien que al desempeño de ella.

Pero los tiempos habian cambiado, los importantes sucesos políticos que por aquella época acaecieron en nuestra España robaban ya la atencion general, y los escritos que no llevasen por objeto tratar de ellos corrian riesgo de no ser leidos, ó aparecer faltos del colorido de la época. El *Curioso* entonces reconoció la pequeñez de sus armas para engolfarse en el anchuroso campo de la política, y aun sospechó que vistiendo sus ligeras producciones con las circunstancias del dia podria quitarlas el carácter de permanencia que debe preferirse en las obras morales. Por otro lado acababa de encargarse del Boletin de la Revista el ameno é ingenioso *Fígaro*, que valiéndose de los sucesos públicos con una gracia y talento inimitables, sabia amenizar con las ocurrencias del momento cuadros tan bellos, tan oportunos y de tal resalte, que indudablemente debian cautivar la atencion de un público deseoso ya de sensaciones mas fuertes y de punzantes alusiones políticas.

El *Curioso*, pues, creyó conveniente suspender su propósito, dejando, como dejaba, en

Ayuntamiento de Madrid

tan buenas manos el pincel en época tan agitada; y no hubiera vuelto á tomar el suyo á no ser por la publicacion del nuevo Diario de Madrid desde 1.º de Abril del corriente año, en cuyo periódico local por su popularidad é insignificancia política, parecióle que no dirian mal esos ligeros cuadros de la vida privada que en los demas periódicos pudieran tal vez contrastar con las graves materias que en ellos se ventilan.

Tal ha sido la historia de esta publicacion, y tales las intenciones que en ella se propuso su autor. Mezquino fruto de una pobre fantasía, sirvan estos juguetes solamente para señalar de lejos un nuevo género, un camino gloriosísimo y no pisado en nuestro pais, en donde hayan de distinguirse genios eminentes con interes y gloria de su patria. Recórranle, pues, con feliz suceso aquellos seres privilegiados que puedan contar con la sublime filosofía de *Adisson*, de *Prevost* y de *Mercier*, el halagüeño artificio de *Jouy* y de *Pablo Kook*, la magia del estilo de *Sterne*, la valentía del pincel de *Jal*, *Colnet* y tantos otros; el Curioso madrileño, careciendo de aquellas preciosas circunstancias, se dará por satisfecho

Ayuntamiento de Madrid

si escitando á otros mas felices á cultivar honrosamente tan abundoso campo, ha logrado recoger en él algunas florecillas que ofrecer á sus compatriotas como prueba de un buen deseo.

R. de Mesonero Romanos.

El autor estampa aqui su nombre por obligarle á ello la ley vigente sobre imprentas.

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA
MATRITENSE.

El Retrato.

«Quien no me creyere que tal sea de él,
al menos me deben la tinta y papel.»
Bartolomé Torres Naharro.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenia una esposa jóven, linda, amable y petimetra; con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era asi, y su tertulia se citaba como una de las mas brillantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un lechuguino del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía á veces la partida de mediator á la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo,

Ayuntamiento de Madrid

disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en el sofá tarrearía una aria italiana, cogería el abanico de las señoras, haría gestos de las madres y gestos á las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daría tono á la usanza... pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un dia, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era dia de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efigie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenia de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de alli á poco sonó el violin, y salieron á lu-

Ayuntamiento de Madrid

cir las parejas alternando toda la noche los minuets con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví á Madrid, y pasé á la casa de mi antigua tertulia; pero ¡oh Dios! *¡quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! el marido habia muerto hacía un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el espediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aun sobre el sofá.—"¿Le mira usted?"—esclamó: "¡ay pobrecito mio!"—Y prorumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego un don *No-se-quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: "Está visto, doña Paquita, que hasta que usted no haga apartar ese retrato de aqui, no tendrá un instante tranquilo;" y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leido aquella mañana en el *Corresponsal del censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se dispuso que la menguada efigie sería trasladada á otra sala no tan cuotidia-

Ayuntamiento de Madrid

na; volví á la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leido á Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir

¿Mas de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! solo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (1),

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal* por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco despues la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó *en consejo de familia* ponerle en el seminario de nobles; y no hubo mas, sino que á dos por tres hiciéronle su atillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues á

(1) Mais qu'est ce qu'un portrait quand on aime bien fort
C'est un mari vivant qui console d'un mort.

Ayuntamiento de Madrid

llamar al jóven al campo del honor; corrió á alistarse en las banderas pátrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fue entre ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor, habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta estraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las cosas de modo que no apereciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima... "¿qué pondremos? ¿qué no pondremos?"—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia...! un maldito gato que se habia quedado en las habitaciones ocultas salta á la ventana, da un maido y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Asendereado y mal trecho yacía el pobre retrato, maldecido de los de casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenian, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazon, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenia un hijo que habia asistido seis meses á la academia de San Fernando, y se tenia por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber mas de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid el último. No encontré ya mis amigos, mis antiguas costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré mas *elegancia*, mas *ciencia*, mas *buena fé*, mas *alegría*, mas *dinero* y mas *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra, y asi, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rin-

Ayuntamiento de Madrid

cones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á la luz de un candilon, algunos calesines en que ir á los toros, algunas buenas tiendas en la calle de Postas, algunas cómodas escaleras en la plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz *que no pasa dia por él*. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demas calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Jordan ó Murillo; aquel surtido general, metódico y completo, de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subia por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de todos colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacían inmediatos, cojo el cuadro, miro de cerca... "¡Oh Dios mio! esclamé: ¿y es aqui

Ayuntamiento de Madrid

donde yo debia encontrar á mi amigo?" Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves, la imágen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas; pero tratando de disimularlas pregunté cuánto valia el cuadro. "Lo que usted guste," contestó la vieja que me lo vendia; insté á que le pusiera precio, y por último me lo dió en *dos pesetas:* informéme entonces de dónde habia habido aquel cuadro, y me contestó que hacia años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndole volver en breve á rescatarlo, pues segun decia, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personage á quien se lo iba á regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenia escrúpulo en venderlo, tanto mas, cuanto que hacía seis años que salia á las ferias, y nadie se habia acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado, á no ser porque le solia servir cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oir esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima

Ayuntamiento de Madrid

vez á las ferias? ¿ó acaso alterado su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que vi en este, me felicito mas y mas de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato, ¿para qué? para presidir á un baile, para escitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas, para sufrir golpes de pelota, para criar chinches, para tapar ventanas, para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por dos pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

La calle de Toledo.

« Como aqui de provincias tan distantes
concurren, ó por gracia ó por justicia,
diversas lenguas, trages y semblantes;
Necesidad, favor, celo, codicia
forman tumulto, confusion y prisa
tal, que dirás que el orbe se desquicia. »

B. de Argensola.

Pocos dias ha tuve que salir á recibir á un primo mio que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de ecsaminarse de Escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazan, sino la compasada galera en que sabia venia el casi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Angeles* acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho mas hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchon, y *pian pian* enderezamos hácia la gran villa, ya acortando el

Ayuntamiento de Madrid

paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

"¿Y bien, primo mio, qué te parece del aspecto de Madrid?"—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez *la perla del dezierto;* y oyez, y tuvieron rasón zuz fundadorez en zituarle sobre alturaz, porque zinó, con ezte rio, adonde vamo-ha-paral...—"Ya te entiendo; pero en cambio tienes aqui éste que sino es gran puente, por lo menos es un puente grande."—Zin duda, y aun por ezo he leido yo en un libraco viejo unaz coplillaz que disen...

"Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano de *Rioseco*;
La que haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos,
La que.....

"¿Acabarás con tu pintura?"—Rason tienez; punto y coma y á otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta.—

Ayuntamiento de Madrid

Y con efecto fue asi, porque llegando á ésta, y mientras se verificaba la operacion del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto, aunque una buena dósis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; ademas es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condicion harto esencial, y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se estrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual, y escitarle á hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera.

— Vas á entrar en Madrid (le dije) por el cuartel mas populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el mas elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel en fin en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trages y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*. — "Punto ez ezte, dijo mi primo, para obzervarle zentadoz; aprovechemoz ezte poyito."

No bien lo habiamos dicho y hecho, cuando

Ayuntamiento de Madrid

llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. Él iba, venia á todos lados, retozaba con los demas, blandía su vara, ceñia y desceñia su faja, aguijaba las mulas, contestaba á las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traían á Madrid, y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata, y trasladarse despues á una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos, que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de estremeños, que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cuotidiana olla española. De estos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecian uno mismo aunque en distintas edades: eran padre, hijo y nieto, y traían á éste por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas

Ayuntamiento de Madrid

del género, y demas, concluyendo con una disertacion choricera capaz de escitar al mas inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traían cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie á tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, espresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traían todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto: empezaron luego á contar sus pellejos, mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decia 20, ellos sacaban 19, y volviendo á contar solo resultaban 17; por último, se fijaron en 18, pagaron su cuota y echaron á correr.

Otro carromato. — ¿De dónde? — De Murcia y Cartagena. — ¿Carga? — Naranjas y granadas. — Al menos es cosa de sustancia. — Ahora van ustedes á probar que la tienen.

—"Á un lao, zeñorez, esclamó mi primo levantándose, á un laito por amor de Dioz, que viene aqui la gente." Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos ginetes encima. —"Á la paz de Dioz, caballeroz," saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacía de amo de los demas. — To-

Ayuntamiento de Madrid

que ezoz sinco, paizano, dijo mi primo sin poderse contener: ¿de qué parte del paraizo? — De Jaen, replicó con un ronquido el viejo. -- Buena tierra zinó eztuviera tan serca de Caztilla. -- Maz serca eztá del sielo. -- Como que tiene la cara de Dios. -- Y como que zi; pero dejando ezto, no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mí) de dónde han traido ezta puerta, porque ó me engañan miz vizualez, ó no eztaba añoz atraz quando yo eztuve en ezte lugar. -- Asi es la verdad, le contesté, porque hace pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte á la capital. -- Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aqui llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados en la puerta, nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertíamos asi nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tan-

Ayuntamiento de Madrid

tos barberos, tantas posadas, y sobre todo tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la aficion al vino debe ser comun á todas las provincias. Yo solo le contesté que son ochocientas diez y seis las tabernas que hay en Madrid. Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corro de mugeres cosiendo al sol, cuándo con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren, asturianos que retozan, carreteros que descargan á las puertas de las posadas, filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aqui una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia, por el otro un entierro solemne... *Favor á la justicia.* -- *Agur, camaraa.* -- *Requiem eternam.* -- *Pué ya... ¡el demonio del usía!* -- *Caballero, una calesa.* -- *Vaya usté con Dios, prenda.* -- *Chas... á un lado, la diligencia de Carabanchel.* -- *Aceituna bué...* -- *Señores, por el amor de Dios.* -- *Riá... tomá... só... ó... o... generala, coronela.* -- *Perdone usté, caballero.* -- *No hay de qué...*

Con estas y otras mil voces, la contínua confusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva. -- ¿Qué haces hay parado? le pregunté con algun ceño. -- Qué he de haser, hombre, estoy recordando todo el Bufon á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez

Ayuntamiento de Madrid

eze que eztá ahí ensima. -- Majadero, ¿no conoces que es el Leon...? -- Como no lo dice el letrero... -- Vamos, vamos.

"*Parador de Cádiz.*" -- "*Aqui se sacan muelas á gusto de los parroquianos.*" -- "*Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.*" -- "*Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.*" -- "*Aqui se venden hábitos para difuntos completos.*" -- "*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*" -- "*Aqui se venden sombreros para niños de paja.*" -- ¿Qué demonios estás diciendo? -- Leo laz mueztraz, contestó mi primo. -- Vaya déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio... -- Pazito, primo, que tengo buen humor, y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñez la horca antez que el lugar.

Tremendos cartelones. -- Teatro del Príncipe. -- *El castillo de Staonins Coylz ó los siete Crímenes.* -- Cruz. -- *Los asesinos elegantes.* -- Sarten. -- *Horror y desesperacion*, drama melo-mimo-lóbrego. -- Oyez, primo, ¿y ze entretienen loz zeñorez Madrileñoz con eztaz lindesaz? -- Qué quieres, ¡el gusto del siglo...! -- Pue hemoz llegao á un ziglo divertio.

Soberbia perspectiva hase eza iglezia. -- Como que es la principal de la Corte y dedicada á su santo patrono. -- Póngaze en primer lugar en mi libro para vizitarla mañana.

Á este punto y hora llegábamos, cuando vimos á lo lejos una calesa con la cubierta echada atras

Ayuntamiento de Madrid

y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes á la capital del orbe pasaron mas orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados que nuestras dos heroinas por el de la Plaza Mayor. Guardapieses amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las megillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venian casi echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aqui de la turbacion de mi primo; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas, -- *Oiga, señor vision* (le dijo), *déjenos el paso franco.* -- ¿Adónde van laz reinaz? -- *A perderle de vista.* -- Si nesesitazen un hombre al eztribo... -- *¿Y son asi los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!* -- Y qué, ¿no me han de dar un poco de naranja? -- *Tome el rocin venido.* -- Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia por no irritar á mi primo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aqui.

Ayuntamiento de Madrid

La Comedia Casera.

«¿On sera ridicule et je n'oserai rire?»
Boileau.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con piedad los ardores de la juventud, y el viejo, mas prócsimo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á los tiernos ardores, y al amor de los honores y riquezas que á él le ocuparan en las distintas estaciones de su vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba usted á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?—Tal le decia yo á mi vecino, *don Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torrova.

Ayuntamiento de Madrid

--Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aqui se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad queria volver á la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino. -- ¿Y se puede saber cuál es la escena?-- Oígala usted.

Este jóven, á quien usted conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus 22 años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su estraordinaria habilidad; asi que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase usted un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

Ayuntamiento de Madrid

—Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

—Ya usted conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillon presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes*, y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trages*, y comision *de permiso para la representacion*. De ésta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demas.

El contarle á usted, amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Asi que,

Ayuntamiento de Madrid

resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de mas facil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oígalas usted (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, la *Pata de Cabra*, la *Cabeza de Bronce*, el *Viejo y la Niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico á palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *García del Castañar*, la *Misantropía*, *Sancho Ortiz de las Roelas*, y el *Café*. Ya usted ve que en nuestra junta no preside esclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de 58 años, se creían adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba á una niña de 18 años, y una de 40, rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes, los que se avenian á los segundos apenas sabian hablar; se cuidaba por los ma-

Ayuntamiento de Madrid

ridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio, y las personas *que no hablan*, todos hablaban alli por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, vi varias veces desconocida mi autoridad. Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el orden, y á instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado asi este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas, y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á usted que en estos veinte y cinco dias se han renovado veinto y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscricion se realizó, el arreglo de todo tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y se empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia usted de ver alli las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apunta-

Ayuntamiento de Madrid

dor para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñia con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, señores.—Mas alto.—Conde, que le está á usted manchando esa vela.— Doña Antonia, que la llama á usted el rey don Pedro. — Esos brazos, que se meneen.—Usted sale por aqui y se vuelve por allá.— Doña Leonor, don Enrique, doña María, aqui mucho fuego.— Eso no vale nada.

Por este estilo puede usted figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos tenido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á usted un billete. Dimos en esto el último sorbo á nuestras jícaras, y echándonos encima el vaso de agua de ordenanza, estornudamos, sonámonos, tosimos, y empezamos á hablar de otra cosa.

Llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El re-

Ayuntamiento de Madrid

fuerzo de un farol mas en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuímonos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban á las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aqui y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la procsimidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos. Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos, alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon, que se levantó en aquel instante.

Ayuntamiento de Madrid

"¿No me escuchas?
¡Qué molesta
y que cansada muger!
Siempre que te viene á ver
debe de subir por cuesta."

Ya pueden figurarse los lectores que asi empezaron á representar; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetia yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Asi fue repitiendo, y asi nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia *por partida doble*.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galan de una dama altísima, que me hacia temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salia atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecian todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin, asi seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de una gran pisada, pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo di-

Ayuntamiento de Madrid

cho me parece que el sobrino del presidente, que hacia el *Rico-hombre*, estaba picado de zelos con el que hacia de rey, asi que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo; y fue, que un oficial que sentaba detras de mí, dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo echaba á perder.— *Se conoce que lo entiende usted muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.* — Entonces siento infinito haber creido que su hija de usted lo echa á perder.— *Diga usted que el galan no la ayuda.* —¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha. — *Señores*, saltamos todos, *no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema, todos se ayudan recíprocamente, y la comedia* la sacan *que no hay mas que ver.* — Mientras este bullicio una preciosa jóven que estaba á la izquierda permanecia indiferente, y en medio de las voces estrepitosas solo escuchaba algunas palabras que cierto quidam la dirigia *á media voz.* Por fin volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno.

Todo el mundo esperaba la escena de la hu-

Ayuntamiento de Madrid

millacion de don Tello á la presencia del rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

"á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas,"

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su cobacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desorden, y nadie se tenia por dichoso sino lograba derribar una can-

Ayuntamiento de Madrid

dileja ó mudar una decoracion. El tablado entanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedian y daban las satisfacciones se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya;* y asi era la verdad, porque aqui se acabó todo.

Ayuntamiento de Madrid

Las Visitas de dias.

«On s'embrasse on s'etuffe à force de tendresse,
et tout bas on medit de celui qu'on caresse.»
Picard.

Entre las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fue mas importante el calendario, asi como resultaron mas clásicos que los demas algunos dias del año. Cuando se aproc-siman v. gr. el 1.º de Enero, el 19 de Marzo, el 24 de Junio, el 16 de Julio, el 8 de Setiembre, el 8 de Diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías, qué cálculos entre los proveedores de comestibles! Amanece el dia feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el mas lisonjero aspecto; triples órdenes de cochinillos, salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposicion del cuarto; ¡qué dia para los mayordomos! Ni la bolsa de Londres ofrece mas ani-

Ayuntamiento de Madrid

macion, mas combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcainas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados, y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. Empieza despues el movimiento rápido de barberos que aquel dia tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luego los peluqueros de antaño y los de ogaño; los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estátuas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los dias; el mejor sin duda es el que va acompañado de alguno de aquellos cachivaches; pero aqui no se trata del mejor; solo sí se quisiera trazar el mas elegante.

Las ocho, el "barbero;" las nueve, "el peluquero;" las diez, "el sastre..." el sastre no parece... maldito sastre... las once, ya está aqui, á ver, probemos... nada, no vale nada, llévesele usted, maestro...; las doce, "señor, la berlina de la calle del Baño..." vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno

Ayuntamiento de Madrid

ir *de mañanita* antes de la una. —"¿Adónde, señor?"— A la calle de Atocha, número 23, casa de don Sinforiano Calabaza. — El lacayo, repitiendo la orden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos á andar. A este punto y hora saqué yo mi cartera y empecé á recapitular... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas... no es nada... En seguida me puse á contemplar las targetas hechas *exprofeso* para aquel dia. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas targetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla... luego, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una cruz militar, como hacen otros, no sabia cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al reves, pero eché de ver que las volverian y quedarian al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias, todas sufrieron mi inspeccion, hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Péricles, y las hice estampar en cartulinas octágonas y sobre un ramage oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decian. Muy satisfecho de mi invencion, me fe-

Ayuntamiento de Madrid

licitaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas, y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de mi amigo, y al ir á entrar me hicieron saber que él se habia marchado huyendo los cumplidos, pero "pase usted á la sala, que ahí estan las señoras..." Las señoras no estaban, y antes que se presentasen ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer el diario. Apareció en fin la mamá á medio peinar, y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome escusas de no haber salido antes. Yo se las dí igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa antes de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una aria coreada que habia de cantar la niña á la noche. Mi aparicion en la sala turbó á la amable cantatriz, en términos que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese alli; con que me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras *no recibian*, siendo asi que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas

Ayuntamiento de Madrid

no pude menos de conocer *que habian recibido.*

Gracias á Dios á la otra me hallé ya con la sociedad mas en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision...—¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá.)—"Ya, ya está bueno;" y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones particulares, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer, entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza,"—¿ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María?"—dijo la mas vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó ésta á su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausas de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal, y luego otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacia mal tiempo.* Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que mas. Hervía la sala en jóvenes elegantes, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mientras su mamá, su

Ayuntamiento de Madrid

abuela, su tia y hermanitas, ofuscaban con sus ricos trages y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de estos, y habiendo sustituido toda la riqueza del orden corintio á la sencillez dórica, apenas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veía casi diariamente; reíanse de mis escesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza agitando los abanicos, hasta que en fin ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías... Alli la conversacion fue mas alegre, mas sustancial... se habló de la ópera, ¡oh qué cosas tan *virtuosamente dilletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡qué de otras subieron á las nubes...! Por último, convenimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aqui me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, gefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806 en que subió á su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y sus nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, solo les opone una desdeñosa compasion. Entré en la sala, y me le encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y

Ayuntamiento de Madrid

amabilidad sin igual. Componíase la reunion de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables y algun otro jóven, hijo de estos ó meritorio de la oficina, que se ocupaban mas que ligeramente de la posteridad del señor don José, y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harian subir *legalmente* una casilla mas arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y vária, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que oyendo las dos, se levantó don José para rogarme que me quedara á comer: neguéme absolutamente á ello, pero no pude escusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual me se hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas*, repetir á éstas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aqui datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacía desde mi berlina subir la targeta con la apostilla *en persona*. En otras me sentaba en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacía tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacía seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un

Ayuntamiento de Madrid

momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos, tiempo y ópera. Deseando darla pábulo tomaba en unas la defensiva de lo mismo que había atacado en la anterior, y á lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien pasaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí á todos sobre lo mismo que habian dicho á mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores, qué glosas sobre los trages, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salía poco despues, y alli era ella... ¡qué complots...! ¡qué sátiras...! ¡qué mala fé...! ¡Cielos! ¿y es esta nuestra sociedad? ¿Es esta nuestra ilustracion, nuestra amabilidad, nuestros finos modales? ¿Será posible que la maledicencia y la envidia puedan asi encubrirse con la máscara de la elegancia y el buen tono? Las tiernas y sencillas jóvenes, ¿dónde aprendieron la picante ironía, el lenguaje ridículo y las ideas atrevidas? ¿Los finos caballeros no encuentran en su cabeza mas recursos que la mordacidad para sostener la conversacion? ¿En qué nos diferenciamos de esos pueblos de provincia, cuya pequeñez y monotonía hace en cierto modo disculpable la eterna crítica y la murmuracion...?

Conociendo en fin por las miradas, las sonrisas y

Ayuntamiento de Madrid

los secretitos al oido, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el mas atrevido y el mas hablador es el que luce á costa del hombre prudente y moderado.

En este punto dieron las tres, y me trasladé á la última casa, adonde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Íbame yo poniendo al corriente de los distintos caractéres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y... pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.

Ayuntamiento de Madrid

Las Costumbres de Madrid.

Dificile est propriè comunia dicere.
Horat.

« Este que llama el vulgo estilo llano
envuelve tantas fuerzas, que quien osa
tal vez acometerle, suda en vano. »
Lupercio de Argensola.

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Sino está dotado de un genio observador, de una imaginacion viva, de una sutil penetracion; sino reune á estas dotes un gracejo natural, estilo facil, erudicion amena, y sobre todo un estudio contínuo del mundo y del pais en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados cual aquellos retratos que, por muy estudiados que esten, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones é intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Asi que un francés actual, se parece muy poco á otro de la corte de Luis XV, y en

Ayuntamiento de Madrid

todas las naciones se observa la misma proporcion.

Los españoles, aunque mas afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamórfosis general, que se hace sentir tanto mas en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los estrangeros. Añádanse á estas causas las invasiones y ocupaciones por estos, la mayor frecuencia de los viajes esteriores, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesa, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo la falta de una educacion sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron preveer los rígidos moralistas, ó los festivos críticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que en medio de esta confusion de ideas, y al través de tal estravagancia de usos, han quedado aun (principalmente en las provincias) muchos característicos de la nacion, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificacion que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas estrangeros, han intentado describir moralmente la España, pero ó bien se han creado un pais ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien desentendiéndose del transcurso del tiempo la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los tres Felipes... Y es asi como en muchas

Ayuntamiento de Madrid

obras publicadas en el estrangero de algunos años á esta parte con los pomposos títulos de *La España*, *Madrid ó las costumbres Españolas*, *El Español*, *Viaje á España*, &c. &c., se ha presentado en unas á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; en otras á las mugeres asesinando por zelos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada*; asi es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela, de un salteador de caminos un Gil Blas, de una manola de Lavapies una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu-Santo, los barberos, el coche de colleras, y los romances de los ciegos, dándoles un aire á la Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y asi en fin los mas sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene á España un estrangero (y principalmente uno de nuestros vecinos transpirenáicos), y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda estrangera, donde se reune con otros compatriotas que se ocupan esclusi-

Ayuntamiento de Madrid

vamente de la alza ó baja de los fondos en París ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus pátrios usos. Levántase por ejemplo al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el mas corto camino á casa de *Mr. Monier* á tomar un baño; luego á almorzar *chez Mr. Geneys;* despues al salon de *Petibon*, y luego al almacen de los *Saboyanos* ó al obrador de madama *tal*; desde alli á la embajada, y saliendo á las tres *¡peste de pais!* "no hay nadie en las calles." Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor, ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. "Vamos á los toros..." gritos, silbidos, espresiones obscenas... *¡oh le vilain pais!* Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota: "*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente.*" Sale de alli y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve: "*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve.*" Súbese por la calle de la Reina, come en *Geneys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado

Ayuntamiento de Madrid

el sainete: "*Las pequeñas piezas en España son pitoyables.*" No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: "*Las mugeres en España son estremadamente amables*," dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablar en francés, y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de don *Gomez* con donna *Matilda*, ó donna *Paguita* con don *Fernandez*. Pasan asi quince dias, vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo: "*Tableau moral et politique de l'Espagne, par un Observateur*;" y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epígrafe el: "*Suivez moi, je vous ferai connoître Madrid.*" Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del Manual (1).

No pudiendo permanecer tranquilo espectador

(1) «Cuando os propongais pintar á los hombres, dice Moliere, preciso será que los copieis del natural para que se parezcan; porque nada habreis hecho si en vuestros cuadros no se reconoce á los hombres de vuestro siglo.»
(*La critique de l'Ecole des femmes.*)

Ayuntamiento de Madrid

de tanta falsedad, y deseando hacer conocer un género que en otros paises han ennoblecido las elegantes plumas de los Adissons, los Jouys y otros, me propuse, aunque *siguiendo de lejos* aquellos modelos y *adorando sus huellas*, presentar al público español artículos que ofrezcan cuadros de costumbres propias de nuestra nacion, y mas particularmente de Madrid, que como corte y centro de ella es el foco en que se reunen las de las lejanas provincias. No dejo de conocer, que los respetables nombres qne acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni ecsija tanta perfeccion como en aquellos paises, sea que marche por un campo virgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea en fin fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con la *Comedia casera*, la *calle de Toledo*, el *Retrato* y las *Visitas*, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, sino por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; sino por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interes de una narracion sencilla; y finalmente, sino por el punzante

Ayuntamiento de Madrid

aguijon de la sátira, por el festivo lenguaje de la crítica. Las costumbres de lo que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la medianía y las del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento, *las Casas de Huéspedes*, *los Cómicos en Cuaresma*, *la Empleomanía*, *el Dia 31 del mes*, *el Patio del Correo*, *el Pleito*, *la Sala y la cocina*, *el Teatro*, *la Comida de campo*, *la Vuelta de París*, y otros muchos ya borrageados, ya *in pectore;* donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios, y todos los ridículos que forman en el dia nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se vengue al carácter nacional de los desmedidos insultos de las estravagantes caricaturas en que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que guiado por una luz diáfana acierte á llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: "*Sic nunc sunt mores.*"—"¡Tales son nuestras actuales costumbres!"

Ayuntamiento de Madrid

Los Cómicos en Cuaresma.

«Y con todo esto, son necesarios en la República como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»
Cervantes. Lic. Vidriera.

"Amigo mio: hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de usted á estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en esa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa facil, y mas para usted. No me estiendo á mas, porque usted comprende mi idea, y solo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. A Dios, amigo mio."

Tal, punto por coma, fue la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de..., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado mas allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan

Ayuntamiento de Madrid

desconocidas como las islas del polo. Pero en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *don Pascual Bailon Corredera*, el hombre mas á propósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando á un entierro: ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre en fin que yo necesitaba, y sin perder momento corrí á avistarme con él: halléle componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia á mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual sin manifestarme adonde me conducia, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el *justo medio* de nuestra negociacion.—"Porque ya sabe usted, añadía, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el Domingo de Pascua, en que empieza el nue-

Ayuntamiento de Madrid

vo *año cómico*, *bajan* á Madrid los *autores ó formadores* de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aqui los ajustes salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía por lo regular el empresario, que suele ser un autor antiguo ó un individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reune las *partes* que le convienen, y sin mas adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el 25 por 100 ó mas del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquellas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido;* v. gr. A. primer galan entra con partido de 40 rs.; B. con 30; y C. con 20; siendo la entrada 225 rs. tocará al primero 100 rs. al segundo 75, y 50 al tercero, á razon de *dos partes y media;* pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan á cobrar mas de *media parte* ó *un cuarteron* del partido; asi que no es de estrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos *de la legua*, y aun los de las primeras capitales de provincia. Solo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dárselo tambien á la escena; las demas son compañías de *pipirijaña*, como ellos dicen.—"¿Y hacen ellos esa distincion?"—Esa y otras muchas, aunque ya con el transcurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere usted en-

Ayuntamiento de Madrid

terarse por menor de ello, lea usted al famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima esplicacion de las ocho maneras de comparsas y representantes, á saber; *Bululú*, *Ñaque*, *Gangarilla*, *Cambaleo*, *Garnacha*, *Bogiganga*, *Farándula* y *Compañía*. Léala usted, pues, que es rato divertido.—"Pero ahora no subsisten ya esas distinciones."—Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis esplicaciones.

Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que segun mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles, y todas llenas de mugeres cantando, viejos que fumaban ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho; mas toda ella se reducia á un cigarro que habia faltado

Ayuntamiento de Madrid

de cierta petaca; aunque los interlocutores á fuer de *damas* y *galanes nobles*, chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza,

"dame el cigarro, ó las habrás con Roque,"

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena que podria figurar airosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fue á la lid aquella heroina, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el corage habia eclipsado:—"¿Es usted, mi querida Narcisa?" (esclamó don Pascual con un arrebato verdaderamente dramático.)—¡Don Pascual! Usted... pues... ¡quién habia de pensar...!—"¡Ingrata! y ¡qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño!"—¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado usted mi amor!

La esplicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos al rededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marselles de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío ha-

Ayuntamiento de Madrid

bia un carton que en letras gordas decia: "*Trage de Otelo y demas moros de Venecia y de otras partes.*" Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV, llevaban por distintivo: "*Trage de Cárlos V, sobre Tunez.*" Una mantilla de tafetan con lantejuelas, y un vestido de percal francés: "*Trage de Dido, y tambien de la viuda del Malabar, con un crespon negro.*" Un tontillo, una escofieta, y un jubon con faldillas: "*Trage de Semíramis, de La Esclava del negro Ponto, y demas comedias de Moratin.*" Un pantalon de mahon *figurando carne*, una camisa de muger y un cinto de cuero: "*Trage de Isidoro en el Orestes.*" Y por este estilo iba siguiendo todo el equipage hasta unos ocho ó diez trages de ambos secsos. Pero en llegando aqui, escuché claramente la voz de don Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisa por su marido.—"No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que..."—Pues luego, ¿esos trages de moros y cristianos...?—Esos trages son... son...—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podríamos empezar nuestra contrata.—Ahora mismo, contestó don Pascual; por de pronto ya te-

Ayuntamiento de Madrid

nemos dama.—Fáltanos sin embargo el galan, á menos que usted...—El galan, replicó Narcisa, le hallarán ustedes con todos los demas compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole á usted con franqueza, añadió en voz baja á don Pascual, él no es gran cosa, pero...—Lo demas de la esplicacion no lo pude oir. Levantóse de allí á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervía ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trages y cataduras, corrian, se agitaban, se reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular: aquí un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa, cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos agasajaban y perseguían; mas allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrian á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la corte, manifestando en sus modales y en su vestido

Ayuntamiento de Madrid

el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor, y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habian firmado*. Por via de sainete se reían de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas ecsageradas contribuían á mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando estas las hacían volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el ausilio de sus luces en nuestra árdua operacion; hiciéronlo asi, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como *galanes*, *barbas*, *graciosos*, *característicos y partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores* nos empezaron á sitiar, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y mientras un galan de cincuenta y ocho años nos esplicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salía por entre su despoblada dentadura, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso subido en un guardacanton nos ensordecía á gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.—"Pues señor (haciéndome tres cortesías), no he

Ayuntamiento de Madrid

podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado á usted la escoria del arte, porque ha de saber usted que esos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el Domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes*, como decimos nosotros."—Y con esto se fue estendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque á decir verdad, sospeché por su esplicacion que él debia ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor. Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de *Narcisa* que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á éste y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban á la noche. —¿Y qué es un *particular*? repliqué yo. —Llámanse asi, me contestó uno de los mas mesurados, las tertulias de ecsámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oir á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sugetos particulares. "Solían con efecto (dice Pellicer) los señores, los togados

Ayuntamiento de Madrid

y la gente principal, llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* (y aun comedias), y cantasen, despues de haber representado en los *corrales*; y á esta diversion casera llamaban *un particular*."— Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto, y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habíamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio éste con varias relaciones de La Moza de Cántaro, La Vida es sueño, y El Tetrarca de Jesusalen, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales, algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de Otelo entre la bella Narcisa y su compadre el galan de la plazuela. Dificil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste, sus inflecsiones, sus suspiros, sus movimientos: solo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; asi como al contrario la dama por su naturalidad hacía nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oir los aplausos á ésta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puer-

Ayuntamiento de Madrid

ta de la alcoba, donde apenas se percibía un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sugeto misterioso, y se le contestó que un escelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fue animándose hasta el punto en que dice ésta:

....."Todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño....."

—"Y todo te confunde, desdichada."

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto, pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquella,

"Mírame, ¿me conoces...? me conoces...?"

la dice con toda la verdad y rabiosa espresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestacion y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshacíamos á aplausos y bravos, y estos crecieron al oir al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras:

"El cielo soberano te castiga

Ayuntamiento de Madrid

por un medio distinto. ¿Ves la carta? pues mira la *sortija*, aqui la tienes."

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponia á recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que alli podria haber algo mas que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente á don Pascual, diciéndome al despedirse: "Es él..."

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto a Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

Ayuntamiento de Madrid

ISABEL,

ó

El Dos de Mayo.

« Vedlos cuán firmes á la muerte marchan
y el noble ejemplo de morir nos dan;
sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
sus almas libres al empíreo van... »

Arriaza.

Dos meses no eran cumplidos todavía desde que la hermosa Isabel, bello ornamento de su sexo y de la corte de Madrid, habia contraido los sagrados vínculos de Himeneo. Su virtud y sus gracias, realzadas con el brillo de una opulenta fortuna, largo tiempo reunieron á sus pies lo mas escogido de la juventud cortesana; pero su corazon, puro como el cielo, tardó mucho en encontrar un traslado fiel adonde reflejarse. El jóven Felix de R*** vino á fijarle por fin, y el movimiento eléctrico que ambos sintieron desde su primera vista les reveló el secreto de que su felicidad consistía en amarse. La mediana fortuna de Felix hubiera sido para otros un obstáculo invencible, pero el tierno padre de Isabel, que cono-

Ayuntamiento de Madrid

cia y apreciaba sus brillantes cualidades, quiso hacer justicia á la eleccion de su hija, y él mismo apresuró el feliz momento en que quedaron unidos por toda su vida. ¡Desdichados! ¡cuán poco habia de durar su felicidad...!

El famoso guerrero que hollando todos los derechos, y haciendo callar la voz de la razon con el ruido de la victoria, amenazára dominar al universo, habia fijado tiempo hacia su vista penetrante en nuestra amada España, y prendado de las ventajas que le brindaba su dominio, determinóle en lo interior de su alma, sin perdonar para ello la traicion ni la violencia. Sus huestes, hasta entonces invencibles, inundaban ya nuestra península con la máscara de la amistad; el monarca, apenas aclamado por su leal pueblo, acababa de ser pérfidamente arrebatado y detenido en los lazos del usurpador; un individuo de la familia de éste ejercia en nuestra corte la autoridad, y celoso de ella quiso desembarazarse de los príncipes legítimos que aun quedaban entre nosotros. Esta fue la señal del levantamiento del pueblo, y los murmullos y las quejas, hasta entonces casi sofocados, rompieron ya los diques del sufrimiento. La voz de que iban á ser arrebatados á Bayona los príncipes de la familia real de Borbon cundió rápidamente por el pueblo de Madrid, y desde la víspera del dia destinado á tan atroz violencia dejaron de ocultarse las muestras de la indignacion

Ayuntamiento de Madrid

general. En vano el príncipe Murat hizo un fastuoso alarde de sus tropas en el Prado aquella tarde: insultado y escarnecido, se retiró meditando en su furor los medios de venganza, y desplegando todos sus recursos para escarmentar al pueblo en caso de alguna tentativa en el siguiente dia dos.

Amaneció por fin aquella aurora de sangre: el carruage destinado á llevar las ilustres personas estaba ya preparado á la puerta del palacio; los fieros soldados de Napoleon ocupaban las avenidas; las pocas tropas de la guarnicion española, encerradas de orden de sus gefes en los cuarteles, nada podian intertar; los príncipes bajaban ya la escalera, y la maldad iba á ser consumada, cuando ¡oh heroismo sin igual! un pueblo numeroso reunido simultáneamente y elevando al cielo sus gritos, corre al palacio, rompe las filas de los asombrados guerreros, se apodera del coche, corta los tiros, hace retirar los príncipes á su estancia, y derrama entre sus raptores la muerte y el espanto. Viérase de aquel momento prender un fuego eléctrico en todos los ángulos de la villa, desde la mas céntrica plaza al mas remoto confin, y asaltados en todas partes los centinelas, los cuerpos de guardia, los batallones, los cuarteles, por inmensos grupos de paisanos armados con el primer instrumento que pudieron hallar, ya en los almacenes, ya en los depósitos, ya arrancándolos de las manos de sus opresores; ni alli se diferen-

Ayuntamiento de Madrid

ciaba la edad, el secso ni la condicion; hombres, mugeres, niños, sacerdotes, paisanos, caballeros, todos corrian á vengar á su patria, todos á conquistar su honor. Los franceses terrorizados huían por todas partes, y en todas eran víctimas del furor popular; cada calle un campo de batalla, cada casa una fortaleza inespugnable y ofensora.

Pero cobrados del primer espanto, y aguijoneados por la venganza, los arrogantes vencedores del Jena y de Marengo volvieron en sí, y resolvieron inventar recursos nuevos para reducir al pueblo... ¡Inútil determinacion! Los cañones apostados en las plazas y calles, eran arrebatados por el paisanage; los numerosos destacamentos de mamelucos á caballo, hechos pedazos: muchos de los heróicos españoles sucumbian, es verdad, en tan desigual lucha; pero ¿cómo compararlos al inmenso número de enemigos que regaron con su sangre las calles de Madrid? Don Luis Daoiz y don Pedro Velarde, dignos militares, en quienes la voz de la patria fue superior á todas las prohibiciones, defendieron la entrada del Parque de Artillería, deshaciendo columnas enteras en la calle que mira á la puerta de éste, hasta que fueron muertos alevosamente.

Retirado en el palacio de la Moncloa el feroz cuñado de Napoleon, meditaba una venganza capaz de aplacar su rabia: los partes que recibia cada momento no servian mas que para re-

Ayuntamiento de Madrid

animarla (1); pero conociendo aunque tarde el error de pretender sujetar por la violencia al heróico pueblo madrileño, recurrió para lograrlo á la mas inaudita perfidia. Circúlanse en el momento por todas partes órdenes de paz; los magistrados, los guardias de Corps, las personas mas estimadas del pueblo, salen por las calles repitiendo las promesas mas lisonjeras, y las palabras de paz y de amistad vuelan de boca en boca, y consiguen calmar la efervescencia popular. Mas ¡oh infamia sin ejemplo! al propio tiempo se hace leer á la tropa francesa una orden sanguinaria en que se decreta la muerte de todo el que se encuentre con armas, y miles de personas son acometidas traidoramente, y arrastradas al *Retiro* y al *Prado* para morir... Una navaja, un cortaplumas, unas tijeras, eran suficiente causa de muerte, y la ejecucion seguia inmediatamente á la sentencia...

Isabel, amante y sobresaltada, palpitaba á cada momento, considerando el peligro de su esposo, á quien un movimiento patriótico arrancó de su casa desde el principio de la conmocion. Su desconsolada esposa se deshacía en lágrimas, imploraba al cielo por su seguridad, y cada ruido del arma resonaba en lo mas íntimo de su cora-

(1) Moncey dijo en su parte haberse echado de menos 5000 franceses, Gruchi la mitad, y en Francia se publicaron solo 3 muertos y 12000 de los españoles.

Ayuntamiento de Madrid

zon. El tiempo iba pasando y Felix no parecia aun... ¿Dónde se hallará? ¿Habrá perecido víctima de su arrojo, ó preso al capricho de los vencedores...? Esta sospecha era bastante para determinar á Isabel; en vano se intenta contenerla; despréndese de todos, corre en busca de su esposo, y en un desorden que aumentaba su hermosura atraviesa rápidamente las plazas y calles, cruza por entre los puestos militares; ni el horror de los cadáveres, ni el estampido contínuo del cañon que resuena en torno de ella, son bastantes á detener sus pasos... Frenética y fuera de sí hállase á la entrada del Prado, y entre los grupos de víctimas arrastradas á la muerte busca largo rato á su esposo, pero no le halla alli, y ya iba á continuar su carrera, cuando ¡oh Dios! un grito penetrante lanzado á su espalda atraviesa su alma... Es Felix...

Herido, maltratado, y conducido á la muerte entre triples filas de bayonetas, apenas ve á su esposa le abandonan las fuerzas, y aquel grito fue la señal de un prolongado desmayo... Isabel, esta heroina del amor conyugal, se postra ante sus conductores, riega sus pies con las lágrimas mas ardientes, é implora su compasion en los términos mas vivos... En vano; frios ejecutores de la terrible orden, los soldados franceses siguen su marcha hasta la presencia del comandante.

Hallábase éste en el Retiro, y en el gran patio de su entrada se iba reuniendo á los infelices

Ayuntamiento de Madrid

destinados á tan atroz carnicería. Isabel vuela á su presencia, y agitada por la espresion mas divina, la hermosa se presenta ante el feroz Gauthier, á quien las trágicas escenas que eslabonaban su vida habian convertido en piedra el corazon... pero, ¿quién resistir á las lágrimas ardientes, al acento seductor de una muger jóven, hermosa y afligida? El hijo de la guerra siente latir violentamente su pecho, y sin ser dueño á resistir su movimiento, la levanta de sus pies y la ofrece la salvacion de su esposo; pero este impulso no ha nacido en su alma de un resto de piedad, sino que es efecto del mas vil deseo... La esposa de Felix habia encendido en su corazon un amor impuro, y el malvado osaba lisonjearse de un vencimiento que le ofrecia facil su actual situacion... ¡cuán poco conocia el heroismo de su víctima! Las palabras tiernas fueron respondidas con desprecio, las amenazas con súplicas, y los intentos atrevidos con el arrojo de la desesperacion. Ciego de cólera con tan inesperada repulsa, abre la ventana que daba al gran patio, donde las innumerables víctimas lloraban la orfandad de los suyos ó imploraban el ausilio del cielo; muéstrala á su marido pronto á ser arrastrado á la muerte; sus ojos alzados á la ventana buscan los de su esposa... "Esposo mio, le dice, moriré contigo, pero no te seré infiel..." Una espresiva seña del comandante puso en movimiento la columna de los satélites, y arrastraron á los infelices con direccion al Pra-

Ayuntamiento de Madrid

do. Isabel, de nuevo postrada á los pies del malvado, se deshacía en llanto; ya el feroz sonreía de su triundo, y la inminencia del peligro iba arrebatando las fuerzas de su víctima, cuando un lejano redoble del tambor penetra en su oido, é infundiéndola una fuerza sobrenatural, se arranca de sus brazos, atraviesa como una flecha el espacio que la separaba del Prado, llega al cuadro de la tropa, escucha los gritos de las víctimas, y entre ellos el nombre de *Isabel*, rompe la fila de soldados, corre á su esposo tendiéndole los brazos, "*Moriremos juntos*," le dice, y en el mismo instante rompe el fuego y caen atravesados sus cuerpos y confundidos con los demas... El comandante llega en aquel momento, y al ver el humeante cadáver de Isabel, sus ojos se sintieron por primera vez arrasados de lágrimas...

Seis veces los hermosos árboles del Prado se habian cubierto de un verdor nuevo, y otras tantas luciera ya el dia aniversario de aquella espantosa escena. La nacion española, que animada por el heróico grito de Madrid habia osado medir sus fuerzas con el dominador de Europa, se veía coronada por la mas gloriosa victoria. Los ejércitos del usurpador acababan de dejar su suelo; el deseado monarca, arrancado á su cautiverio, se hallaba ya entre sus lealas españoles, y la corte próxsima á recibirle, preparaba los arcos de triunfo y los brillantes regocijos... El eco del cañon, y el

Ayuntamiento de Madrid

lúgubre clamor de las campanas, vino á hacer tregua á estas demostraciones, y á recordar que iba á amanecer el dia en que España señaló su triunfo con la sangre de sus hijos... Un elegante altar elevado sobre el mismo sitio en que fueron inhumanamente sacrificados sostenia una urna destinada á recibir en su seno los preciosos restos de aquellos mártires, y profundos fosos abiertos en derredor mostraban á la vista la multitud de ellos... El prelado, el clero y el inmenso pueblo asistian conmovidos á la ceremonia de la exhumacion, y entonando los cánticos sagrados eran aquellos huesos sacados de la tumba y depositados en la urna del altar. Un santo horror se difundia por el afligido pueblo, y al mostrar el sacerdote una mano abierta y un brazo descarnado que saca del foso, "Es la mano de Isabel, la mano de Isabel," grita aterrada la muchedumbre, y todos de improviso póstranse de rodillas como heridos de un rayo...

Brillante y magnífico entre tanto, un numeroso séquito se adelanta á la entrada del Prado, conduciendo en triunfal carroza los restos inanimados de Velarde y Daoiz; numerosas banderas y cañones les preceden; el clero, los magnates, los batallones siguen sus pasos, y las palmas y laureles cubren su carrera. Las músicas armoniosas y patéticas llenan los aires, y á los cánticos sagrados de los sacerdotes responden los jóvenes guerreros con los siguientes:

Ayuntamiento de Madrid

"Renovando la augusta memoria
De aquel dia de triunfo y de espanto,
Hoy sucedan al fúnebre llanto
Ledos himnos de grato placer.
Y laureles de eterna victoria
Den honor á las víctimas fuertes,
Que muriendo con ínclitas muertes
Libre á España lograron hacer."

El magestuoso séquito se pára ante el altar, y reunido con el que alli estaba, empieza su carrera por las principales calles de la corte, conduciendo aquellos restos con una pompa digna de la ciudad de Rómulo. El pueblo animado por los sentimientos mas sublimes henchía las calles, y se postraba al paso del fúnebre cortejo, siendo ya mas de mediado el dia cuando éste llegó al suntuoso templo del santo Patrono. Negros paños cubrian sus altares, sus paredes y suelos; veíase arder prodigiosa multitud de luces en torno de un suntuoso catafalco, y una música sagrada llenaba las altas bóvedas. El obispo celebró el santo sacrificio, y pronunciada la oracion fúnebre, continuó aquel entre el fervor universal. Las tropas en tanto, que cubrian las avenidas, hicieron tres descargas durante la misa, y al concluirse la santa ceremonia resonó el cañon la última vez, cabalmente á la misma hora que seis años antes habia sonado para lanzar la muerte en el seno de *Isabel*...

Ayuntamiento de Madrid

La Empleo-manía.

. . . . . Hic vivimus ambitiosa
paupertate omnes.

Horat.

Pues como digo á usted, el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demas cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; despues aspiró al honor de síndico, y tambien se le decretaron, pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fue alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayun-

Ayuntamiento de Madrid

tamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su muger y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos agenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo; ahora ya le necesitaba, porque aquel cada dia era menor. En vano su esposa y sus amigos le han procurado volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daría su mayorazgo, sus demas bienes, y hasta creo que su muger y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos, y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha proteccion, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo antesalas y cortesías, consumiendo zapatos, sombrero y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á usted un ente original?

—Eslo sin duda (replicó *don Fidel de la Vera-Cruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes co-

Ayuntamiento de Madrid

pias. (Al llegar aqui, hicimos alto como unos dos minutos; sacó don Fidel su caja, ofrecióme un polvo, tiré yo el que tenia entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)—"La manía del don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases se consideran por sí solas bastantes como no vayan acompañadas *del empleito*. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas, y la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos materiales; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin á quien debo yo todas las adversidades de mi vida."

Al llegar aqui volvimos á callar y paseamos un rato en silencio; pero animado con aquel ecsordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera.

"Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en

Ayuntamiento de Madrid

pocos años logró elevar su comercio á una altura mas que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba una vida activa sin agitacion, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantes. Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en grangearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este dia, que él celebró como el de su triunfo, fue el principio de sus infortunios. Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y transferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Valencia, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veía llamado le hizo variar de plan.

»Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su par-

Ayuntamiento de Madrid

te se esforzaban en brillar cuanto podian; gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor, y nuestra casa fue muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendia á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leía en francés y escribia á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

»Llegué á tener diez y siete años, y mis padres, que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian, y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que queria seguir. Entonces eché mis cuentas.—¿Comercio?—Yo carecía de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes, y reducirme otra vez á Alicante.—¿Letras?—Yo no las entendía, y por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universidad.—¿Milicia?—La verdad, no tenia grandes ánimos, y eso de esponerse uno á que una bala...—¿Iglesia?—¿Cómo? si me sentía inclinado á la *propaganda*.—¿Medicina? ¿Artes?—Para todo eso hay tanto que estudiar!!!—Pues señor (le dije á mi padre), como usted no me coloque en alguna oficina, aunque sea de meritorio...—Bravo,

Ayuntamiento de Madrid

bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho; y desde aquel dia empezó á trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y asi que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo; con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personage de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

»El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad; mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Asi lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas fijó su atencion en la hija única de mi gefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haría obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á ésta; asi se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tédio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento lo vengó muy luego.

»Mi esposa era una muger altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veía un marido á quien ella habia elevado á su altura; cuya consideracion la hacía insufrible, dándola un dominio absoluto

Ayuntamiento de Madrid

sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos, se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me vi hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habian educado á ella y á mí; mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interes!

»Mi muger era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacía pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un dia que se me concedió un sobresueldo de 4000 reales, y me hizo gastar 12000 en trages y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba *su ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conecsiones los conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejába-

Ayuntamiento de Madrid

me dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personages con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la muerte la arrebató tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco; asi que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando solicité y obtuve mi jubilacion.

»Entre tanto los muchachos cada dia crecían en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian, y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas; conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, y á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á co-

Ayuntamiento de Madrid

ser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa comercio... Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo transmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á usted que los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio, y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro, despues de haber recorrido toda Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño."

Al llegar aqui tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *Empleo-manía*.

Ayuntamiento de Madrid

Una Romería de San Isidro.

« Plácenme los cuadros en narracion, porque en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo. »

D. . . . .

Asi lo ha dicho un autor francés: por supuesto que lo decia en francés, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no asi muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso; vamos á la sustancia de la dependencia.

Yo queria regalar á mis lectores con una descripcion de la Romería de San Isidro; y para ello me habia propuesto desde la víspera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto mas importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras, no como algunos viajeros qué parecen charlatanes enseñando el tutilimondi: pero viniendo á mi asunto digo, que aquella noche me acosté mas temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el ecsordio de mi artículo.

Ayuntamiento de Madrid

"Romería (decia yo para darme cierta importancia de erudito) significa el viaje ó peregrinacion que se hace á algun santuario, y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que se llamó asi porque las principales se hacian á Roma.—Luego vino á mi imaginacion un trozo de nuestro Jovellanos, quien considerando á las romerías como una de las fiestas mas antiguas de los españoles, añade: "La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y alli, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer." Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, acaecía en el siglo XII, y mi imaginacion revoltosa me hacía calcular la alteracion que las costumbres habian sufrido desde entonces, si bien luego me ocurrió que no debe ser moderno el refran que dice: *Romería de cerca, mucho vino y poca cera.* Con que vemos que el mundo siempre ha sido lo que es.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y me parecia que veía los peregrinos con su bordon y la esclavina cubierta de conchas. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aun hoy se celebran en las provincias vascongadas, y de todo ello sacaba noticias que podrán tener lugar cuando escriba la historia de las romerías en treinta tomos en folio; pero por lo que

Ayuntamiento de Madrid

es ahora no venian á cuento, pues que solo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginacion empero no se durmió: afectada con la idea de la prócsima funcion, me trasladaba ya á la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Cárlos V, fundó la ermita del patron de Madrid; añádese que fue en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el príncipe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que segun la tradicion abrió el santo labrador al golpe de su hijada para apagar la sed de su amo Iban de Vargas. Veía la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen á ella, y las elevadas alturas que la rodean, encubrian á mi imaginacion la natural aridez de la campiña; añádase á esto la inmediacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y mas que todo la estensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado mas agradable, ofreciéndome por términos el palacio Real, el cuartel de Guardias y el seminario de Nobles á la izquierda, el convento de Atocha, el Observatorio y el Hospital general á la derecha; al frente tenia la soberbia puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa mu-

Ayuntamiento de Madrid

chedumbre precipitándose al camino formaban una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba.

Mi fantasía corria libremente por el espacio que mediaba entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animacion, de un movimiento imposibles de describir; nuevas y nuevas gentes cubrian el camino; multitud de coches de colleras corrian precipitadamente entre los ligeros calesines que volvian vacíos para enganchar nuevos pasageros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas hacian replegarse á la multitud de pedestres, quienes para vengarse los saludaban á su paso con sendos latigazos, ó los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvian de la ermita, cargados de santos, de campanillas, y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecian bruscamente á los que iban, y éstos reían del estado de acaloramiento y ecsaltacion de aquellos, siendo asi que podrian decir muy bien, "Vean ustedes cómo estaré yo á la tarde." Las danzas improvisadas de las manolas y los chulos, las disputas y retoces de estos por quitarse los frasquetes, los puestos humeantes de buñuelos, y el contínuo paso de carruages, hacian cada momento mas interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor procsimidad á la ermita.

Ya las incansables campanas de ésta herían los oidos, entre la vocería de la muchedumbre que

Ayuntamiento de Madrid

coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacía sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas iban sucediéndose rápidamente hasta llegar á cubrir ambos bordes del camino, y cedian despues el lugar á tiendas caprichosas y surtidas de vizcochos, dulces y golosinas, eterna comezon de muchachos llorones, tentacion perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; á los puestos ambulantes de buñuelos habian sucedido las escitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora; mas allá los dulces de ramillete y vizcochos empapelados ofrecian una interesante batería; y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres mas caros á la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y suculentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela en que vertian sendos cantarillos de leche de las Navas sobre gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamon le partian y subdividian con todas las formalidades del derecho.

La conversacion por todas partes era alegre y animada, y las escenas á cual mas vária é intere-

Ayuntamiento de Madrid

sante; por aqui unos traviesos muchachos atando una cuerda á una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendia; por allá un grupo de chulos al pasar por junto á un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros volvian á caer impelidos de su propio peso, ó bien al concluir un almuerzo rompian un gran botijo tirándole á veinte pasos con *blandos* bollos, restos del banquete; los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedian sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebian agua del Santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obligaba á volver á bajar las gradas, penetrando al fin en el cementerio prócsimo, donde reflecsionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas mientras concluían los restos del mazapan y vizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban á los balconcillos ostentando en medio al santero vestido con un trage que remedaba al del Santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cohetes al aire.

La parte mas escogida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban en pie, y con sobrada disposicion de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las me-

Ayuntamiento de Madrid

sas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas, y la incertidumbre en los galanes acompañantes: entre tanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz, ó un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados. Desocúpase en fin una mesa: ¡qué precipitacion para apoderarse de ella! Ocúpanla una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, á fuer de galan, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de ésta brillan al verla... Pichones, pollos, chuletas... ¿qué escogerá? — "Yo, lo que ustedes quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad? — Venga, gritó el galan entusiasmado. — Y tú, Mariquita, jamon en dulce. — Pues yo á mis pichones me atengo. — Vaya, probemos de todo. — Venga de todo," respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevee, aunque tarde, su perdicion; mas, entre tanto Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve á empuñar la lista. "Ahora los fritos y asados," dice, y señala cinco ó seis artículos al espedito mozo; no pára aqui, sino que en el furor de su canino diente, embiste á las aceitunas, saltando dos de ellas á la levita del amartelado, cae y rompe un par de vasos, y para ha-

Ayuntamiento de Madrid

cer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habian renovado de gente las otras mesas y aun duraba el almuerzo, no sin espanto del jóven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas cuál mas, cuál menos, todas imitaban á la mamá, y cuando ya cansadas apenas podian abrir la boca, las decía aquella: "Vamos, niñas, no hay que hacer melindres;" y siempre con la lista en la mano traía al mozo en contínua agitacion. Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídese la cuenta al mozo, y éste, echándola en un instante por partida *triple*, responde: "Ciento cuarenta y dos reales." El Narciso á tal acento varía de color, y como acometido de una convulsion revuelve rápidamente las manos de uno á otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega á juntar hasta unos cuatro duros y seis reales; entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura. ¡Oh malignidad femenil!

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado á la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero á pocos pasos un cierto oficialito, conocido de las señoras, que se perdió á la entrada de la fonda, vuelve á aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no pára aqui el contratiempo; á poco rato el escesivo almuerzo em-

Ayuntamiento de Madrid

pieza á hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el síntoma 14 del *cólera* se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galan que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver á pie...

No hay remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la familia, mas, el aumento del recienvenido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero á ésta para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y *chas... co-mandanta...*

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir á la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar á mis lectores lo que pasa en Madrid el dia de San Isidro.

Ayuntamiento de Madrid

Un viaje al Sitio.

« Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sottises du temps je compose mon fiel. »
Boileau.

Muy agradable es el viajar, pero lo es aun mas el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras* de cierto autor, el que hizo otro *al rededor de su cuarto*, y aun el de *un curioso por Madrid*, me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné como alguno á viajar por todo el universo desde mi escritorio; quise en fin moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fue el saber adónde iria. Parecióme por de pronto conveniente el dar la vuelta al globo para cerciorarme de que su figura tiene mas de oval que de esférica, y venir á dar á mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruage de retorno me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte á parte el imperio chino, á fin de contar los pasos regulares que tiene; mas tarde quise ir á buscar el paso en-

Ayuntamiento de Madrid

tre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo, y estoy ya de vuelta. (Aquí el *curioso parlante* saluda con agrado á toda la sociedad de *curiosos oyentes*, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte, y demas preparativos del viaje, antes bien dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de la partida.

El reloj de nuestra Señora del Buen-Suceso sonaba magestuosamente las cinco y cuarto de la mañana cuando yo atravesaba precipitado la Puerta del Sol con direccion á la casa de postas, de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aun en sus semblantes la impresion de la almohada agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte mas saliente de la nariz, ó algun trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombreras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos lugares, los mozos concluían de enganchar el tiro, y los briosos caballos

Ayuntamiento de Madrid

"probaban sus herraduras
en las guijas del zaguan."

Las portezuelas de las tres divisiones, Berlina, Interior y Rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los á Dioses, los besos, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral "¿hay mas?" suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la mas lisonjera; hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos; en frente tenia una jóven muy linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias fueron los objetos de las primeras palabras, pero bien pronto la conversacion se hizo mas animada, mas franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fue la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad, y dando á sus palabras el giro mas afec-

Ayuntamiento de Madrid

tado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos de las personas mas marcadas, eran contínuo pábulo á su discurso, y los nombres mas estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguínea, ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo menos condesa.

No asi la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un esceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigía ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pie pulido*, escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun renuncio; pero no la fue posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la volvia un diccionario de espresiones alti-sonantes, y una floresta entera de anécdotas *autógrafas* de todo lo mas notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Londres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo, y que teniamos delante una de las primeras personas de la Monarquía.

Nuestras atenciones rodoblaban á medida que ella se encumbraba, y muy luego vino á ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacer-

Ayuntamiento de Madrid

la sentir mas su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante, y sí al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo tambien la cabeza; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues aunque ligeramente noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la Rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo en tanto metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos, y fumando un luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conecsiones de los personages á quienes pertenecian (todos por supuesto amigos suyos), y aun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro que podria muy bien alternar en esta relacion si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi derecha, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de gefe de alguna de

Ayuntamiento de Madrid

ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relacion, acogia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta proteccion; seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincon, y empezé á dirigirle la palabra; pero éste solo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como *tal vez*, *ya se ve*, *puede ser*, que desconcertaron al satisfecho jóven poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi esclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oía con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudieron menos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi espresion *romántica*, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos espresivo ni menos fuerte que el primero, y... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible; la casadita fue la primera que nos lo advirtió, ó por lo menos que dió á entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la Rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó en mezclarse en nues-

Ayuntamiento de Madrid

tras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habíamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demas personages que ocupaban los distintos compartimientos del coche; yo dí la mano á la hermosa para bajar, y me disponia á improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y á quien oí nombrar la *marquesa*, la llamó aparte y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella sería otra tal. La señorita casada no habia querido bajar hasta que se presentó á la portezuela un jóven buen mozo que la ofreció una mano, cubierta aun del anteado guante, y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una muger diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar en frente del mio; y aunque la otra quiso replicar no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *apartes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento ¡oh sorpresa! una mano estraña la retiene... el primer movimiento fue manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocacion, la

Ayuntamiento de Madrid

advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, asi como la interesada, que yacía en el otro ángulo del coche. Rápida comunicacion que solo cabe en una mente femenil.

La campiña en tanto habia variado mágicamente de aspecto; á las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo habian sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino, el aroma de las flores llegaba hasta nosotros, los puentes y pilares anunciaban la procsimidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya esperimentando la dulce embriaguez que el suelo de Aranjuez inspira. El jóven marido escitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la habia sido mas grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufria con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí solo me ocupaba del objeto que delante tenia.

Tal era nuestra situacion cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos, y nosotros, cual otros Anacharsis, les haciamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recien venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres. —"Señor don *Preciso Necesér* y su esposa."—Servidores de us-

Ayuntamiento de Madrid

ted, dijo el marido.—"Señor don fulano de tal."—Presente, contesté yo.—"Señor don..."—Aqui está, prorumpió el anciano.—¡Como! ¿es posible? (esclamó conteniéndose el jóven y llamándome aparte.) ¡Desdichado de mí! ¡con quién me he ido yo á indisponer! ¡si es precisamente el que ha de proponerme para el empleo...!—Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia.—"Señora marquesa de... y su criada, continuó el de los pasaportes."—Aqui, gritó la señora de la berlina; la criada está en el interior.—¡Rayo del cielo fue á mis oidos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreía, la esposa gozaba de la humillacion de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y aun la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo diciéndome al oido: "Amigo, vea usted otro de los inconvenientes de la diligencia."

En tan dificil situacion seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió á su ama despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacía á cortesías con el anciano, que respondia con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y mas allá el caballero del guante, con lo cual

Ayuntamiento de Madrid

pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues de medio dia la reunion del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardin de la Isla; allí dirigí mis pasos, saboreando durante la travesía por el jardin el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio por quien decia Lupercio:

"La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras."

Entrando en la plazuela de la fuente vi sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos, y dirigiendo sus miradas á las mas hermosas. La conversacion era poco animada, la escena nada vária, y solo crecia un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto: fijábanse en en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recien venidos que las acompañaban, les hacian preguntas de cómo habian dejado la capital, qué tal habia salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.—"¿Y bien, marqués, qué vida llevais aqui?—Chico, nada,

Ayuntamiento de Madrid

como ves; una vida muy *circular*. — Pero ¿y los jardines...? — Hermosos, pero yo no he pasado aun de aqui. — ¿El teatro? — Insoportable. — ¿Los toros? — ¡Ba...! — ¿Las tertulias? — Aqui no hay tertulias, ya te lo digo, esto *es secarse*. — ¿Por lo menos las giras de campo? — Nada menos que eso; quince dias ha que en casa de... pensamos en hacer una partida de campo *en borricos*, pero todavía no nos hemos determinado á madrugar una mañana. — ¡Pues yo os creía mas dichoso! — ¡Ah, los dichosos sois los que estais en Madrid!"

Por supuesto debe creerse que en aquel recinto hallaria yo á todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano, que no pude menos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detras de la marquesa, que al ver entrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar á lo lejos el satélite de aquel planeta. — ¿Quién es aquel sugeto? le pregunté á un amigo que habia hablado al marido. — Este es un don Nadie que en todas partes se cree indispensable porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos que él los toma por suyos. — ¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaria sino fuera por sus mugeres! — Entonces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos menos de reir juntos. Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardin solo hallamos de trecho en trecho algun corro de señoras mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo á lo lejos á sus respetables

Ayuntamiento de Madrid

consortes que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habian recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina*, que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetirlas: —"¿quiénes han venido en la diligencia esta mañana?—¿quién es ese que ha pasado?—¿y por qué Fulana no va con...?—¿han *tronado*?—¿y N... tiene *plan* con esa que acompaña?"—Y asi de los demas. Nosotros por nuestra parte nos dábamos la posible importancia, hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigiamos la palabra, saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la gerarquía ó *notabilidad* de la persona saludada, y si podiamos pillar del brazo á un *entorchado* ó una *llave dorada*, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado en fin de esta pantomima, me retiré, y despues de la funcion del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfaccion, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mio habia visto luz, y de cuando en cuando oía el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el don

Ayuntamiento de Madrid

Preciso tomaba el fresco: convencíme mas y mas de ello cuando de allí á un instante miré abrirse la puerta de mi habitacion y entrar él mismo; sin embargo, mi imaginacion es rápida y no pude dejar de notar que no traía botas.—¡Ah buena maula! esclamó alborozado al verme: ¿con que usted es el *curioso parlante*?—¿Quién? ¿yo...? — Vamos, no hay que hacer la desecha, que lo sé de buen original, y ademas soy suscriptor á las *Cartas Españolas*; ¡ay amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre nuestro viaje, artículo *cómico*! ¿no es verdad? (y la risa interrumpía sus esclamaciones). ¿A que sale allí á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personage incógnito, y usted tambien ¿no es asi? con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada? ¿y mi muger? ¿qué dirá usted de mi muger y de mí? ¿Soy yo tambien persona *que hace*?—No, amigo mio, interrumpí yo con cierta sonrisa, usted es la *que padece*.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento á llamar nuestra atencion, levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrióla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y la señora, que sentada junto á la ventana, escuchaba sus palabras; el primer movimiento fue el de la turbacion, pero recobrando el mancebo su serenidad, espresó que solo una equivocacion de la puerta de su cuarto podria haber sido causa...

Ayuntamiento de Madrid

Entonces ella se esplayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan escelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho, y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al recien llegado; éste por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo sin pensarlo tuve que terciar en la relacion de gentes que debian conocerse y apreciarse. La conversacion se animó, el Adonis nos ofreció su valimiento y conecsiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de alli en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa del Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetia ecsactamente todos los dias, comenzó á fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de venirme. Subí de nuevo en la diligencia, y... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque será repetir lo ya dicho, como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.

Ayuntamiento de Madrid

El Prado.

«Irás al *Prado*, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
¡Cuántos mirándote allí
Aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos
Que te los causen á tí.»

Comedia antigua.

"Hácia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimiento y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monesterio hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos á los pies de los árboles por toda la carrera. Aqui en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho á

Ayuntamiento de Madrid

la grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy apacible, con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir al camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Llaman á estas alamedas *el Prado de San Hierónimo*, donde de invierno al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha recreacion la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros, y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aqui se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte."

Hé aqui una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote *nuevo* de puro *viejo*, que como varias personas, no tiene otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diria el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantára la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? Diria ¡qué habia de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era

Ayuntamiento de Madrid

blanco, suele aparecer prieto al siguiente dia.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual é inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su estension, y demas circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal cual trozo mas ó menos bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su estension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿qué al contemplar en toda su estension ocho primorosas fuentes, entre ellas las de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya escelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿qué del encantado Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la Real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecia, como en estos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

"Los prados en que pasean

Ayuntamiento de Madrid

Son y serán celebrados;
Bien haceis en hacer prados,
pues hay bien para que sean,"

él mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto, y demas poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle á porfia con las descripciones mas interesantes y románticas. Asi que, el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venian á este sitio al acecho de cuál ó cuál galan perdedizo, ó bien que se le encontraban sin buscarle! ¡quién no cree ver á estos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas, malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo ¡qué de

Ayuntamiento de Madrid

venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediacion á la corte del Retiro llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus singulares atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galan ó galanes, objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figuremos verle una de las apacible tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin, y las del paseo de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran *Salon*, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salon por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendremos la calle destinada á los coches que corre á lo largo de todo el paseo. Mira-

Ayuntamiento de Madrid

rémosla henchida de carruages de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de los monarcas y príncipes, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del pais y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los paises estrangeros; v. gr., detras de un elegante *tilbury*, que Londres ó Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas bajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdi-negro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar *carroza* en el siglo XVI, y en el XIX llamamos *Simon*, verdadero anacronismo ambulante; síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al

Ayuntamiento de Madrid

señor mayor que va adentro: no lejos de él pasa el modesto bombé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y estraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado á la calesera, ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces que compromete la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza todos se sujetan al carril, trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes ginetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á este paseo mírase una estrecha calle que formaría parte del salon principal, solo interrumpido por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruages van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarían muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto mas á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruages levantan, todo lo mas notable del paseo se *estracta* aqui, no sin graves apreturas, en contrones, distracciones, empujones y contorsiones; cierran con los bancos este recinto multitud

Ayuntamiento de Madrid

de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco mas ó menos el valor del capital. La estension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar varias veces durante la tarde, con un período ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetracion muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos escesivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal, ó del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las espresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando á otro lado, está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por supuesto para que no se destruya tan débil máqui-

Ayuntamiento de Madrid

na con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque mas mímicamente representada: mira á los elegantes rigoristas afectando en su trage, en sus modales y en su habla las costumbres estrangeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á éstas y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras. Todas estas y mas mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sugetos ambos cuya fama se estiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landaw, corren precipitadamente á situarse en parage conveniente mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *francés* el diálogo siguiente:

"*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.* — *Cela t'etonne...? Un chevalier du quinzième siècle.* — *Epoux d'une elégante du dix neuvième.* — *¿Que veux tu, mon cher, ces vieux maris dissent que le coeur ne*

Ayuntamiento de Madrid

vieillit pas.—*Oui... et leurs petites femmes... hein?* (con sonrisa irónica.) — *Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*— *Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos ayeux etaint des sottes gens!* — *Cependant, malgrè nos avantages modernes, Madame fait la cruelle... Elle ne te regarde pas, mon cher...!*— *Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle me voit... oui, mon cher, elle rit.*—Bravo, *mon cher*, bravo; *c'est bon signe.*"

A este punto pasó un quidan del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recien venido que ambos consortes iban riendo no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta:—"Amigo, no puede usted figurarse lo que me voy divirtiendo con estos tontos de estrangeros que vienen detras. (*¡ Daible!* dijo uno de los dos. *Tais toi*, replicó el otro.) Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi muger; vuelven, se paran, y hacen, en fin, mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.—Pero, hable usted bajo, que lo van á comprender. — ¡Qué han de comprender! Sino saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos. (La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido como temiendo que ellos lo entendiesen.) No tengas mie-

Ayuntamiento de Madrid

do. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atrevería á apostarlo, pues en sus modales echo de ver mas caricatura que carácter francés. —¡Cómo es posible que lo sean! No ve usted que no entienden lo que digo.—Cierto que eso me hace dudar." —Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en francés, sin darse por notificados del contenido diálogo.

Cerca ya de anochecer subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Gerónimo los dos elegantes ambigüos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de apie á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguílos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mu-

Ayuntamiento de Madrid

tuamente se dieron no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá*. —"Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que sería muy *plebeyo* pasear á este lado.—Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traido mas cuenta...—Sí, pero tú debes decirlas que hasta el anochecer no nos esperen.—Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer orden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.

En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonítícamente á su lado les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo.—"¡Ah, Fulanita, Zutanita, son ustedes!"—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los dos Amigos, la Estrella, Buen-gusto &c., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

Ayuntamiento de Madrid

Las Casas por dentro.

Carta de un curioso provincial al curioso madrileño.

"Señor curioso, muy señor mio: desde que hallándome en esa capital empezó usted á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que aun despues de mi salida de esa refrescaría en mi imaginacion (con el ausilio de usted) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio aun mas importante me ha hecho usted, cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi muger, mis hijos y mis amigos; precision á la verdad mas dura que lo que parece, pues ya sabe usted que el hacer descriciones no es para todos, y mas si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interes. Asi es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entonces cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal ó cual objeto de la corte, siempre le remito al

Ayuntamiento de Madrid

momento en que á usted se le ponga en las mientes hablar de él.

» Pero es el caso, señor parlante, que como quiera que es mas facil preguntar que responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que usted me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar magestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreirme un tanto cuanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

» Mas la ecsigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la racion que usted nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado á usted muchos años de observacion, y si bien esta ansiedad me parece injusta é irreflecsiva, no dejo sin embargo alguna vez de convenir con ellos en ciertos estremos. Por ejemplo, no pudo menos de hacerme fuerza la reflecsion de una de mis niñas, que decia dias pasados: ¿Por qué ese señor curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aun del interior de las casas? ¿Pues qué, nada hay que decir de ellas en Madrid? — Calla, niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto. — Mas si bien es cierto que la

Ayuntamiento de Madrid

hice callar, no asi calló mi imaginativa, que me inclinó á pensar que la chica podria tener razon, y que si en lo sucesivo habíamos de juzgar con acierto de los dramas que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento ecsacto del lugar de la escena.

»Fue tanta la fuerza que me hizo esta consideracion, que me determiné á escribirle á usted, y para mas empeñarle en mi objeto, y sin que sea visto querer introducirme en su terreno, me ha parecido conveniente hacerle una ligera descricion de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna ó algunas circunstancias que puedan aplicarse cómodamente á las demas.

»Pero antes de dar principio á mi bosquejo será bien enterar á usted de que mi marcha á Madrid fue convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sugeto de consideracion en la corte, el cual ecsigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posicion social de mi amigo, y sus mas que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serían molestas, y acepté el convite.

»Dí fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa puerta del Sol, y delante de un luenguísimo caseron. La multitud de sus balcones y ventanas, la elegancia de su

Ayuntamiento de Madrid

pintura, aun reciente, y las demas circunstancias que constituían su adorno esterior, me afirmaron en la idea de que iba á habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pie en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver por mi desgracia que este era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

» Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que á falta de portero ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la corte; por manera que para ganar la escala era forzoso atravesar entre ambos escollos: es verdad que en logrando pillar esta, ya podia uno olvidarse de aquellos, para ocuparse esclusivamente en las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan ingeniosa arquitectura; solo tenia una contra tan prolijo ecsámen, y era que si por casualidad se oían resonar en la parte mas alta las rotúndas pisadas del aguador asturiano, no habia mas remedio que volver á bajarse, ó hacer que él volviese á subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistía en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color, unas ventanas que daban á un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (á escepcion empero

Ayuntamiento de Madrid

de algunos mas claros que los de Venecia, por donde se transmitía no solo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun tambien á una numerosa cohorte de vichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

» Delante de la meseta principal un vaso de vidrio enclavado cerca de una ventanilla prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos ó tres ó mas puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre, ó una cadena tosca de hierro para llamar. Esceptúanse sin embargo algunas puertas del piso tercero, donde sin necesidad de llamar solian abrir al menor ruido de botas.

» Mi amigo, segun pude averiguar á duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar á usted que la primera vista de ella me causó mucha estrañeza, no acertando á encontrar la mas mínima analogía entre las circunstancias del sugeto y las de la habitacion; pero poco á poco me fui convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas mas que en las cosas mismas, y que tal podria á mí parecerme estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

» Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran

Ayuntamiento de Madrid

salon, que consistía en un *cuadri* no mas *longo* que de unos treinta pies por veinte de ancho. Compartian la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores: un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en las paredes, una modesta lámpara pendiente del techo y un velador colocado debajo concluían el adorno del salon principal: el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles mas, á saber: el indispensable brasero, y una jaula dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenia mas relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues á unos *dormitorios* á guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos que el durmiente podia muy bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerías*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeuntes. Éstas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

"Tambien tenemos aqui nuestro jardin" (me dijo asomándome á un estrecho patio, donde campaban hasta unos ocho tiestos, y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas lle-

Ayuntamiento de Madrid

nas de ropas puestas á secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luego me llevó al *comedor;* verdad es que entonces estaba haciendo de *sala de baño;* despues me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacian muy á propósito para el caso.— ¿Y el *tocador* de tu esposa? le dije yo. — Ya le hemos dejado adelante en aquella pieza, donde tengo mi *biblioteca.* — ¿Tambien esa? — Tambien esa. —En efecto, luego pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de diarios de avisos, una guia de forasteros, un calendario, un tomo 4.° del Quijote y una novela sentimental que el maestro de baile habia prestado á la señorita.— Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea, y tan clara como las soledades de Góngora: no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que mas lejos de ella debia colocarse, porque ya se sabe que esta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid; de alli se pasaba á una *dispensa* lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete á todos los bastimentos en ella apiñados; y por último, se bajaba á los *sótanos* y *bodegas*, cuya estension era tal que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon ó dos arrobas de vino.

»Tal, amio mio, era la habitacion principal de esta casa; juzgue usted ahora de las demas. Pues siendo cual era tenia dos tiendas, y en ellas

Ayuntamiento de Madrid

vivian un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormia en un chirivitil de la escalera, un maestro de esgrima en el entresuelo, un empleado y un comerciante en los principales, un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y un barbero ocupaban las boardillas, y hasta en un desvancillo que caía sobre éstas habia encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que á mí toca, bien pronto empecé á suspirar por las comodidades á que estaba acostumbrado, y asi es que á los cuatros meses abandoné aquella mansion y volví á esta provincia; pero júrole á usted que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos, pues gracias á la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi á neutralizarse con las contínuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino á resentirse el gusto, que siempre tuve delicado, el oido perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico, y solo el tacto llegó á sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que queria á las antropó-

Ayuntamiento de Madrid

fagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fementidas alcobas durante la hora de la siesta.

» Hé aqui, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitacion en Madrid: ignoro si las demas (hablo tan solo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso, no puedo menos de compadecer á ustedes, porque pagan á precio de oro tantas inconveniencias, mientras aqui disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una boardilla. De todos modos espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en = *El provinciano.*"

Y *el parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestion, deja por hoy á sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

1802 y 1832.

Ætas parentum, pejor avis, tulit
nos nequiores, mox daturos
progeniem vitiosorem.

Hor. od.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Cármen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedian la entrada de mi mansion al aire abrasador que destruye las fuerzas y á la accion aun mas terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacían entregados á las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruage ni de paseantes interrumpia el silencio de las calles, donde segun la espresion de cierto viajero, "solo se encontraba á tales horas algun francés ó algun perro." Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormian; todo, en fin, reposaba en armonía perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor habia debilitado.

Brava ocasion para que un estrangero nos hi-

Ayuntamiento de Madrid

ciese una bella disertacion pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta *segunda noche* nos proporciona: ¡con qué ecsactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba á nuestras manufacturas, haciendo subir escesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del dia, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente á la hora que mas calor hay y menos apetito; de aqui sacará la consecuencia de que sin esta costumbre la siesta no nos sería necesaria; despues pasará á demostrarnos lo perjudicial que es á nuestra salud el sueño despues de la comida por la acumulacion del calor en la cabeza en el momento en que mas falta hace en el estómago para operar la digestion; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoras, accidentes y paralisis; y en fin, nos dirá tanto... tanto... Nosotros sin embargo, bien sea porque la accion del clima pueda mas que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre á ello, marcharemos sin responderle una palabra á *dormir la siesta*. ¿Cómo resistir á este impulso general, ni qué hacer dónde todos duermen? Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sugeto á quien no se puede pedir cuentas de sus acciones, que reparte su beleño cuando le place, y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba á

Ayuntamiento de Madrid

aquella sazon á algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en vísperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvencijada persona, y de dar tormento á la acalorada imaginacion, resolví en fin abandonar el lecho, abrir un balcon y asomarme á él. Entonces fue cuando hice las reflecsioncillas arriba dichas, y estando haciéndolas sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad... alzo la vista y miro... no sé si acaso se acordarán ustedes, señores lectores, de un mi vecino don Plácido, de quien creo haberles hablado ya. Pues este ni mas ni menos era el que en tal guisa y á tales horas interrumpía mi amostazado soliloquio para contarme un desvelo como el mio y una resolucion idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba á cruzarnos de razones, subí á su habitacion para hacerlo cómodamente, y medio tendidos en dos sofás entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del dia; pero como mi vecino es algo viejo, y á los viejos les sucede con la imaginacion lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los mas cercanos, muy luego encontró medio de enderezar ingeniosamente la conversacion hácia aquellos tiempos en que él brillaba en Madrid, y en que por sus buenos modales, su instruccion y sus conveniencias, era tenido por el *hombre á la moda*.

—Desengáñese usted, me decia, el transcur-

Ayuntamiento de Madrid

so de treinta años, y los estraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado, han sido bastantes para alterar nuestras costumbres en términos, que á uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le sería imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaría mas decorada y brillante, observaría mas actividad en nuestra industria, admiraría los progresos de las artes, vería con placer los muchos establecimientos destinados á difundir los conocimientos útiles, notaría los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trages, en los monumentos públicos, y quedaría al pronto seducido con esta erudicion *á la violeta*, que hace á la juventud del dia lucir y brillar aun delante de la esperiencia y la senectud. Todo esto, no hay duda, ocurriría al forastero de treinta años, y por de pronto confesaría avergonzado los progresos de la actual generacion; pero en cambio de aquellas ventajas, ¿no hallaría muy luego la ausencia de otras mas sólidas y duraderas? ¿No echaría de ver muy pronto la alteracion que ha esperimentado nuestro carácter? ¿Adónde encontraría ya aquella ingenua virtud, aquella probidad natural que eran el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido saber, que aunque patrimonio de pocos, ofrecia á la posteridad obras clásicas é inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla que daba á los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dón-

Ayuntamiento de Madrid

de, en fin, aquella cómoda reparticion de fortunas, aquel bienestar general, que auyentaba las ideas de ambicion, y permitía á todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto, ¿qué hallaría? Desden de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas; reputaciones usurpadas; confusion grosera de todas las clases; ficcion en el trato esterior; cabala é intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia, la pedantería en ciencia, y el charlatanismo en virtud; esto, desengáñese usted, esto, y no mas, vería el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

—Paréceme sin embargo (le contesté yo algo mohino) que la prevencion con que usted mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podria yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que usted afirma.

—No hay regla, me replicó el vecino, por general que sea, que no tenga sus escepciones, y no podré negar que acaso serán numerosas las de esta; mas sin embargo creo poder asegurar que lo general inclina mas bien al cuadro que llevo trazado. Acaso me pretenderá usted negar las ventajosas circunstancias que yo concedo á nues-

Ayuntamiento de Madrid

tra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa adonde yo concurria diariamente en 1802.

El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, habia seguido su carrera de empleado hasta llegar á un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideracion en la corte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigia el gobierno de la casa con aquella inteligencia é interes propias de quien reune á una buena educacion un constante deseo de hacer felices á su esposo y á sus hijos, y los dos que tenia, varon y hembra, eran el objeto contínuo de sus cuidados maternales. El muchacho asistia á las escuelas, y fue puesto en un colegio á los diez años; la niña aprendia cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una muger que algun dia ha de dirigir una casa y hacer la dicha ó la desdicha de un hombre: ¡cuántas horas contemplando la ventura de ambos esposos hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no habia mas que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse mas placentera la ecsistencia; el sueldo del esposo, y el producto de algunas haciendas, bastaban de tal modo á sus necesidades, que despues de sostener su casa con esplendor, todavía la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

Ayuntamiento de Madrid

Las sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales, jóvenes bien educados, mugeres amables y virtuosas: yo solia asistir á su mesa ciertos dias al mes; era abundante, pero sin ostentacion, franca sin grosería; despues soliamos irnos al teatro ó á paseo; volviamos á casa, y á poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto la primera operacion era refrescar y tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator ó de dominó, en tanto que los jóvenes hacian juegos de prendas bajo la inspeccion de las madres. Todo era alli animacion, alegría, franqueza; el amor no temia manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mútuas, no dudaban en entregarse á sus puras sensaciones, y yo asistí á mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temia comprometerse, las opiniones se debatian riendo, las disputas concluían con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar á cambiar un doblon. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver á reunirnos. Tal, amigo mio, era el espectáculo que presentaba la casa de don Melchor del Vallecillo; búsqueme usted ahora muchas por este estilo.

—¿Cómo dice usted que se llamaba? repliqué yo precipitado.—Don Melchor del Vallecillo. ¿Pero qué tiene usted, que se ha inmutado? ¿Acaso le

Ayuntamiento de Madrid

ha conocido? ó... — No señor, no le he conocido; pero ciertamente no podia usted haber escogido otro ejemplo mas á propósito para apoyar su idea. Y va usted á verlo.

Yo frecuento en el dia una de las casas mas elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberian embellecer la ecsistencia de un hombre se habian reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una muger con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideracion en Madrid, todo se le ofrecia para hacer su dicha; pues este hombre por seguir el sistema de la moda ha hallado el medio de ser infeliz. Llegado á una edad regular, habiéndose casado, y obtenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron á desenvolverse en él la ambicion y la vanidad, y le sujetaron á su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debia empezar á verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto que su padre habia vivido, se trasladó á una habitacion magnífica, y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquel, alhajó ésta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo carácter débil es muy á propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir como es natural al aspecto del lujo y la magnificencia; segundó grandemente las ideas de su esposo, ayudóle á derramar su dinero, y creciendo en necesidades supérfluas llegó á poner su

Ayuntamiento de Madrid

casa en un tren que compite con las primeras de la corte.

Con tan bellos elementos ¿quién resiste á la tentacion de tener sociedad? Tuviéronla en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de varias esferas, desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que como todo hombre de gran tono empezó por hacer un viaje de dos meses á París, volvió á su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas á su esposa. Esta no tardó en aprenderlas y ecsagerarlas, y muy luego fue citada como el modelo de las damas *á la derniere*. Entre tanto el gasto de la casa se ha hecho ecsorbitante, como puede usted creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun sus mismos capitales, todo desapareció como el humo, y nuestro hombre se ha visto precisado á recurrir á la intriga y á la bajeza con el objeto de prosperar mas en su carrera, y proporcionarse medios de bastar á su disipacion. Su casa desde entonces quedó abierta á ciertos personages, protectores gratuitos, y á ciertas damas de corte á quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia que conoce sus miras. Uno de aquellos, hombre de mundo y de las peores ideas, le tiene seducido con su proteccion, y mientras tanto obsequia á su muger; ella tal vez no le escucharia; pero el mismo marido... ¡qué infamia! la obliga á

Ayuntamiento de Madrid

contemporizar y no ponerle mala cara. Entre tanto él se encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona á ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salon, no advierte que han dado las dos de la mañana...

Pues esta casa que le acabo á usted de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y éste hombre el mismo don Melchor.

—¡Dios mio! esclamó mi interlocutor: ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el jóven criado en el seno de la virtud ¿habrá degenerado hasta ese estremo?

—¡Ay don Plácido! que no es sino demasiado cierto. —¿Lo ve usted, lo ve usted? no le aseguraba yo antes que hoy dia... —¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la escelente educacion? —¡Qué han de servir, me contestó don Plácido, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia...!

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animacion de las calles, nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar mas.

Ayuntamiento de Madrid

Tomar aires en un Lugar.

« ¡ Qué horror ! á Madrid me vuelvo,
que allí hay mas comodidades
si los vicios no son menos »

Breton.

"No hay remedio, amigo don Tal: usted está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que *nosotros* los físicos *llamamos humores acres procli-ves, espontáneos y corrumpentes;* y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya usted á *tomar aires* fuera de Madrid.— Si usted me lo or-dena...— Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginacion de usted, demasiado ocupa-da de trabajos mentales, necesita distraccion y des-ahogo: al mismo tiempo le es á usted conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este me-fítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá á usted sus fuerzas, y ensancha-rá su pecho, ofreciéndole placeres sencillos é ino-centes que no ha esperimentado aun. — ¿ Y hácia dónde parece á usted dirija el rumbo? — Adonde usted quiera, con tal que sea á un pueblo sano, y á bastante distancia de Madrid. — No entiendo esa última circunstancia. — Pues créame usted, y sígala aunque sea sin entenderla."

Ayuntamiento de Madrid

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó á este punto su sombrero y me dejó sin mas preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí á rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; item, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio adonde dirigirme en busca de la salud y de los placeres puros é inocentes. Todo se me volvia tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisages y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copióso número de materiales para el nuevo género de vida que iba á seguir durante algun tiempo. Pero por mas que cavilaba nada decidía, hasta que resolví salir á la calle á consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad á veces sabe mas que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese á casa de *don Melquiades Revesino*, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que á mí me desvelaba; quiero decir, en salir á tomar aires á un lugar.

Motivaba esta improvisa determinacion (á lo que supe despues) cierto amorío de la niña de la casa con el jóven *don Luisito del Peral*, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas, no, en fin, por su perfecta persona, sino

Ayuntamiento de Madrid

por un cierto aire de estrangerismo aprendido en un viaje que hizo á Bayona, por un tono decisivo y abierto, hijo natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir debida á la sabia tijera de *Utrilla*; mozo, en fin, á la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que inflamando el corazon de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroina) alteraba la paz de aquella casa, y destruía la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el dia en que al zeloso don Melquiades se le ocurrió privar á aquel la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los mas solícitos cuidados; se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado á la ópera, y de ésta al baile; pero nada era suficiente á borrar la impresion que el mancebo habia hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolecia de una pasion de ánimo que acabaria con ella si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar á efecto tan sabia determinacion, y hé aqui que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada,

Ayuntamiento de Madrid

pues viniendo, como venia, lleno de la misma idea, y cargado de erudicion geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente á fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes paises conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas, salté rios, y dejé á todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sabios del dia); pero á todo se me contestaba con esta pregunta: "¿y cuántas leguas está eso de Madrid?" y en pasando del espacio que ellos determinaban ya no habia forma de reducirles. Por fin, despues de largos y acalorados debates y comparaciones topográficas, históricas y críticas, determinamos de comun acuerdo que el viaje sería... á *Carabanchel*, célebre lugar situado donde acaso mas de un geógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fue la señal de la aprobacion general, y desde aquel momento ya no se pensó mas que en los preparativos del viaje, que se fijó para de alli á ocho dias. Don Melquiades salió á contratar el carruage, la mamá y la niña al almacen de *Carrillo* á comprar trages y adornos de camino, á consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros, y á despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció á sacar el pasaporte, aunque luego nos ocurrió que hasta pasadas seis leguas de Madrid no teniamos necesidad de él; otro

Ayuntamiento de Madrid

se encargó de preparar casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió á componer una despedida *cantabile*, y yo me volví á empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y á comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos mas lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos á disfrutar, pasaron aquellos ocho dias hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demas, fueron colocados en el coche; y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, á quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, á la vista de Carabanchel de abajo. Entre tanto nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recien plantados, y animando á Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) á regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, ó de tal cual colina de arena que interrumpía la uniformidad del paisage. Por fin,

Ayuntamiento de Madrid

despues de varias preguntas de cuántas leguas habríamos andado ya, despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos á ver á lo lejos, y despues de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable á Carabanchel sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias á la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie á tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenia preparada: componíase de una salita baja con dos rejas á la calle, una alcoba, y varias piezas y dormitorios interiores que daban á las heras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias y cuatro estampas de la prision del Maragato, no correspondian en nada al precio que se nos habia ecsigido, ni á la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos muy en armonía con los modales y disposicion de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto nos ecsaminaron bien, rieron de nuestros sombreros y bonetes, franquearon su puerta á una caterva de muchachos en camisa que nos perseguian con el epiteto de *lechuguinos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aprocsimarse á ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una alcofaina sucia y ordinaria que

Ayuntamiento de Madrid

pusieron sobre una silla, y para hacer que mudaran el agua á cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, no lo habia hasta de allí á una hora; quisimos vino, nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traíamos, y aun asi no fue posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos, formaban á nuestros oidos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros: esto, unido á la algarabía que traían las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas que no cerraban bien, nos hizo pasar un ratito agradable, parecido á los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar. ¿Pero para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida á que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un dia, puede servir de molde para los demas.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano, porque ningun objeto nos escitaba á madrugar, porque el dia se nos hacía mas largo é insoportable, porque los vichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche, por otras mil y una razones que sería prolijo esplicar. Durante el fementido almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pue-

Ayuntamiento de Madrid

blo de boca del sobrino del patron, *Ferminillo*, mozo travieso y decidor; cuyas novedades se reducian á saber tal cual familia que habia llegado de Madrid, con todos los ribetes y circunstancias de lo que traían, lo que gastaban, lo que comian &c.; luego solia amenizar la relacion con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal ó cual multa ó encarcelamiento, y acostumbraba concluir con acompañarse á la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirigíamos á alguno de los jardines y huertas particulares, donde prévia una esquela del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero, ó una recomendacion del estercolador, podiamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde ó el marqués propietario, y, ó teniamos que abandonar el campo, ó que deshacernos á cumplidos y cortesías. Saliamos de alli cuando el Dios de los tabardillos ejercía ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reían de buena fé al mirar el sombrero de Jacinta, ó al verme á mí llevando su sombrilla), nos dirigíamos á visitar á algunas de las familias compatricias, á las cuales encontrábamos ó bien entregadas á un profundo sueño, ó bien ocupadas en echar de comer á las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la Ga-

Ayuntamiento de Madrid

ceta de Madrid, y todos en general quejándose de que el dia en Carabanchel tenia cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde, nos retirábamos á nuestra casa á despachar la parca comida, siempre compuesta de los mismos artículos, á menos que algun *propio* enviado á Madrid no nos trajese algo nuevo: dormíamos luego cuatro horas de siesta, y salíamos al paseo de las heras, ó bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once ó las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada dia nos parecia mas necia; la salud de Jacinta empeoraba, la mia no ganaba nada, y ni médicos ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que haciamos en un pais árido é ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecia el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tédio y desazon; la mezquindez de la habitacion y sus muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Fermin-illo, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privacion de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermin nos contaba, todo era muy á propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince dias (de los cuales segun mi cuenta pasamos durmiendo los diez y medio), se empezó á

Ayuntamiento de Madrid

tratar de volver á Madrid. Un incidente imprevisto vino á precipitarlo.

Hacía dos ó tres noches que yo habia visto por las ventanas que daban á las heras pasar un hombre á caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir á Fermin á reconocerle, vi que se hablaban, y que se despidió el caballero, con lo cual, y con decirme Fermin que era uno de Madrid á quien él conocia, y que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, á pesar de que otras noches á la misma hora solia verle pasar.

Ya nuestra partida estaba señalada para de alli á dos dias, cuando reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venia; llamamos á su criada, no respondió; pasamos á su cuarto, y vimos que habian desaparecido una y otra, item mas el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos.

"Amados papá y mamá; el estado infe-
»liz á que me ha reducido una pasion vio-
»lenta, y el convencimiento que tengo de
»mi pronta muerte si me empeño en re-
»sistirla, me han obligado á dar un paso
»atrevido y ageno de mis ideas; pero creo
»que el amor que ustedes me tienen les
»inclinará á perdonármelo. Yo huyo de la
»casa paterna; pero huyo bajo la protec-
»cion de las leyes, y huyo con el esposo
»que mi suerte me ha destinado. Voy con

Ayuntamiento de Madrid

»Fermin y Manuela, y quedo depositada »en Madrid en casa de D... su amigo de »ustedes, mientras espero alli la aproba- »cion paternal. Perdon, papá y mamá; no »me aborrezcan ustedes, y compadézcan- »me por haberme visto precisada á este »estremo. = Jacinta."

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté mas serenidad, como si hubiese tenido algun antecedente. Yo me encargué de convencer al padre, y llegado que hubimos á Madrid, viéndose invitado por la autoridad á prestar su aprobacion, y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por fin á nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfaccion, sin mas nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido *á tomar aires*, y no dudo que curará de sus males; en cuanto á mí, sino bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, ó me alejaré sesenta leguas de Madrid adonde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la corte, y donde la campiña mas vária ofrezca mayor novedad y desahogo. Esto fue sin duda lo que me quiso decir mi médico.

Ayuntamiento de Madrid

El paseo de Juana.

« Debajo de esas ropas y jubones
imagino serpientes enroscadas,
uñas de grifos, garras de leones. »
Lupercio.

A electrizar muchos cuerpos
Y á cautivar muchas almas
Una noche de verano
Salió Juana de su casa:

Juana, la que en Avapies
Goza por su noble fama
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista solo
Turba la paz de las casas,
La que las mugeres temen,
La que los maridos aman.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y á la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.

Ayuntamiento de Madrid

¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contáras
Si fueras enriquecido
Con el don de la palabra!

De sarga rica mantilla
Con terciopelo de á cuarta
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recoger las sus puntas
La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle,
En marcha oblicua y taimada
Sigue á *babór* y *estribór*
Con un meneo que encanta;

Nada, nada la detiene.
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta;

Todos la dejan la acera,
Todos vuelven á mirarla,
Y ella á todos los desdeña
Y sigue alegre su marcha.

Ayuntamiento de Madrid

Algunos mas atrevidos
La dicen "*Pase*, *mi alma*;"
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe ó canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estátuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atras
Mirando si le reparan,
Hasta que mas reflecsivo
Sigue su camino y marcha!

Y á don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver á Juana se pára,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega á alcanzarla?

Ayuntamiento de Madrid

Dála entonces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura estraña,
Hasta que rompe en reir
Y le deja... ¡cual quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ansia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hace con otras balas.

Avanza luego atrevido,
Y sin mirar mas que á Juana
Con palabras de gragea
Sus deseos la declara.

Ayuntamiento de Madrid

Juanilla, á quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra,

Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla*,
Marcha al lado, y tanto dice
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban,
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado;
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ansias,

Quiere probar su paciencia,
Y á un vecino que pasaba
Le pára, y empieza á darle
Conversacion mas que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata;

Ayuntamiento de Madrid

Hasta que compadecida
De su situacion la Juana
Se despide del vecino
Y hácia el cadete ya marcha.

Éste viéndola venir
Olvida sus amenazas,
Vuelve á espresar su contento,
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan despues de un buen rato
De la tal niña á la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compañía.

Una escalera de torre
No es mas peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

Él que se miró en lo oscuro
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subia un escalon
Sin que un susto le costára,
Porque en el que no caía
Por lo menos tropezaba.

Ayuntamiento de Madrid

Llegan al alto por fin,
Y á la puerta Juana llama:
Ábrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;

Pone sillas, las cortinas
Despliega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda muger de su casta.

Vase despues, y los deja
En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño,
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas
Las arañas las poblaban.

Ayuntamiento de Madrid

Juana era caritativa,
Y asi vivir las dejára,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y á su lado en simetría
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,
Del *dos de Mayo* una estampa,
Y un pandero en una esquina
En frente de una guitarra;

Tres desvencijadas sillas
Concluían de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

¿Pero... adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!
Mas silencio, que á la puerta
En este momento llaman;

¿Quién es? (pregunta la vieja.) —
Abra usted, señora Claudia.
"¡Ay Juanita! que es el zurdo:
Por Dios que no sienta nada."

Ayuntamiento de Madrid

Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda,
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale á ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas
Se va por la puerta falsa,
Agarrado de la vieja
Bajando á oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle,
Su razon ya despejada
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan.

Pero no solo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana:

Y entonces diz que el cuitado
A sus solas esclamaba:
¡Oh placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

Ayuntamiento de Madrid

El dia 30 del mes.

« Reveses de fortuna
llamais á las miserias:
¿por qué, si son reveses
de la conducta necia? »

Samaniego.

Pared por medio de mi casa vive *don Homobono Quiñones*, gefe de mesa de cierta oficina, y uno de los caractéres mas originales que he conocido. Fenelon aseguraba que *el hombre mas dichoso es aquel que cree serlo*, y si este dicho es ecsacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el don Homo-bono sea aquel mortal privilegiado. Y sino se me creyese sobre mi palabra, créase al menos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escogido su mansion en aquel semblante que los años procuran en vano arrugar: ningun achaque destruye su físico, ninguna pena halla el camino de su corazon, ninguna sensacion violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos, su estado habitual es el de la alegría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa que haga trabajar á su imaginacion, sino un placer tranquilo y bonancible que le inclina á ver las

Ayuntamiento de Madrid

cosas por el lado mas favorable. V. gr., su muges es altiva, gastadora, y ejerce sobre el esposo un dominio mas que conyugal; ¿pero qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta á su esposo: la niña es caprichosa, mal criada, y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; ¡pero es tan bonita! ¡tan juguetona! ¡canta tan bien! ¡baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola; el muchacho es un calaverilla contrahecho, frívolo, enredador y pedante; ¡pero tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡se burla con tal agudeza de sus maestros! es tan diestro para hacer sus travesuras, que nadie (y menos su padre) se atreve á reprenderle: los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan á caer á aquel ruinoso edificio; pero sino fuera por ellos, ¿quién habia de resistir la monotonía y el fastidio? Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes, roban y malgastan lo que pueden, trabajan poco y mal, comen mucho y bien, y duermen mejor. ¿Pero quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? "*Il faut que tout le monde vive*," decia Luis XVIII: *es preciso que todos vivamos*, traduce don Homo-bono.

Solo hay doce dias en el año en que este buen señor (*bonus vir*) suele hacer alguna reflecsioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 30 de ca-

Ayuntamiento de Madrid

da mes, época fatal en que vienen á reducirse á maravedís todos los placeres y contentos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra que por un momento quiere oscurecer su imaginacion, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la estraña lucha de sus inclinaciones con su razon ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaría en él original para un nuevo *capricho*.

Llega por fin despues de veinte y nueve la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltéa va á destaparse y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de gefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate, y las demas ocupaciones matutinas, adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitacion de los artesanos y tenderos, que viéndole pasar, gritan "*las nueve*," espresion natural y espontánea que honra mas la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega á la oficina... ¡qué ecsactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinacion para repartir metódicamentente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca por supuesto á don Homo-bono, y su imaginacion se espacía considerando su longitud, que

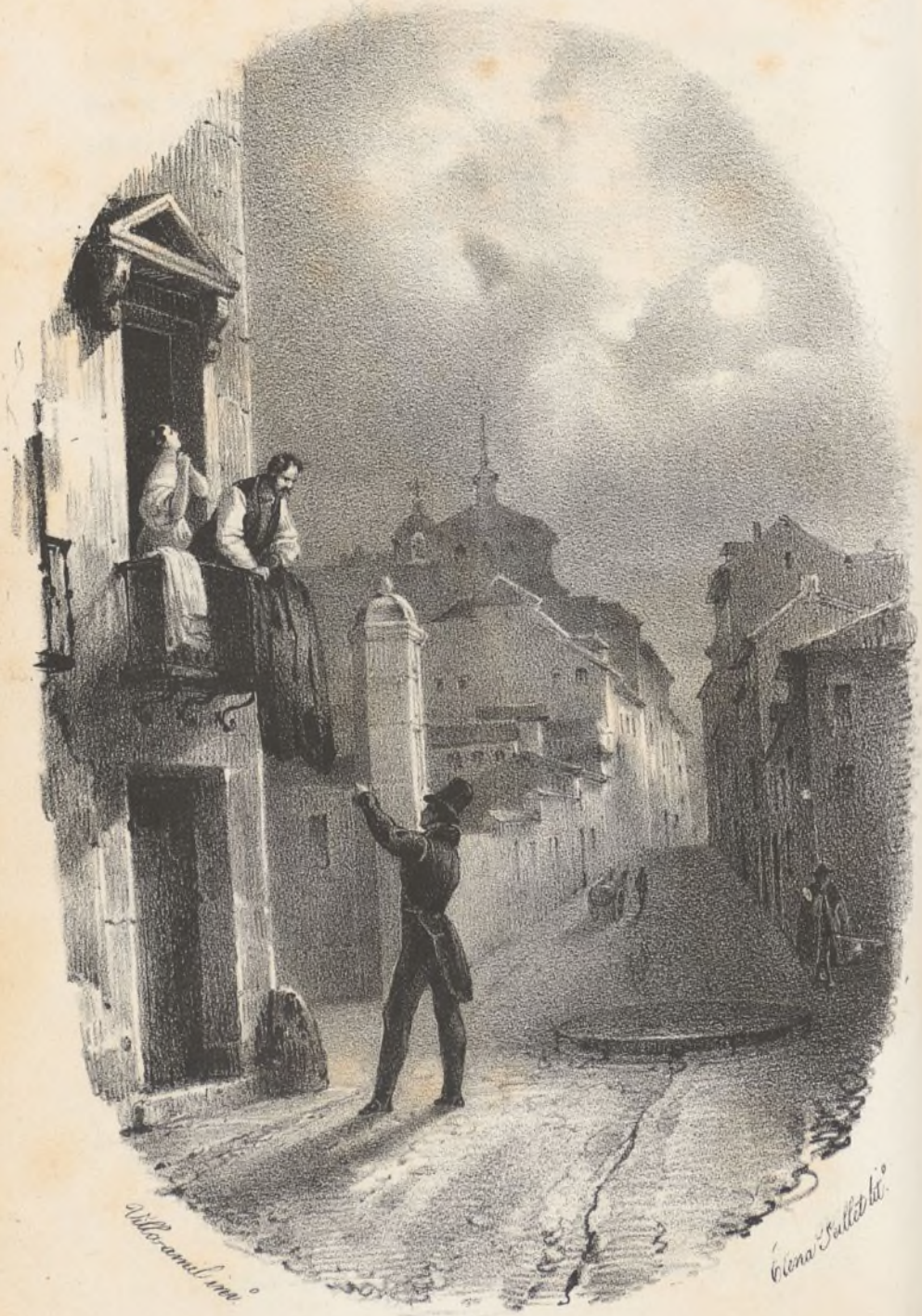
Ayuntamiento de Madrid

le promete una serie de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfectibilidad de las cosas humanas! ¿quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa; y es que don Homo-bono *habia echado la cuenta sin la huéspeda*, y *la huéspeda* era su muger.

De vuelta á su casa, una horita mas temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos é ingeniosos ramilletes, y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro. Mas ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle sale un fementido tendero, y con obligantes cortesías le pregunta por su salud; don Homo-bono cambia de color, y pasa á la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesías á la francesa y le presenta un papel en español. (Aqui don Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *el Médico á palos.*) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, le quita cortesmente la monterilla y sube detras de

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



"Bien mio,....¿es Vd.?"

Ayuntamiento de Madrid

él, ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale don Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle*; mas allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da á conocer por el maestro de gramática del señorito; y no lejos de él *il signor Gorgorini, professore di musica et attivo del Conservatojo di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina*.

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente, entra solemnemente en su despacho, y colocado con magestad *sedet pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados, se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas ecsistentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aun hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene, especialmente en ciertos dias; gesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral, ó anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fue preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los 30 dias,

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

él, ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale don Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle;* mas allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da á conocer por el maestro de gramática del señorito; y no lejos de él *il signor Gorgorini*, *professore di musica et allievo del Conservatojo di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina.*

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente, entra solemnemente en su despacho, y colocado con magestad *sede pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados, se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas ecsistentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aun hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene, especialmente en ciertos dias; gesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral, ó anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fue preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los 30 dias,

Ayuntamiento de Madrid

y otra no corta porcion repartieron entre sí el sastre *geómetra*, el zapatero *galan*, el fondista *son argent*, el almacenista de géneros *carrillo*, el calesero *de antaño* y el peluquero *de ogaño*, que todos fueron llegando como llamados á son de campana comunal.

Pero la mas decisiva de las visitas faltaba aun, y era la de la amable compañera, la caritativa costilla del don Homo-bono, que venia á notificarle como de alli á dos dias era el cumpleaños de la niña, y que habia determinado tener unos cuantos convidados, y un poquito de funcion. En vano Quiñones se afanó en manifestarla que se quedaba sin un cuarto, y con un mes delante de sí; su carácter no era tan poco para grandes reflecsiones, ni ella las admitia, y asi fue que á dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y don Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto aquella noche para empezar la funcion hubo música y baile, y el esposo fue el primero que en tales momentos se entregó al esceso de su felicidad.

Sin embargo, asi pasó un mes, y otro, y otro, y vino un año, y se juntaron doce déficit que don Homo-bono no pudo pagar, y á los dos años ya serán veinte y cuatro, y asi sucesivamente, y se tendrá que empeñar, y luego no podrá satisfacer, y luego vendrá la vejez, y luego se jubilará, y luego, luego... en la calle de Atocha, última casa á la derecha, acaso darán razon.

Ayuntamiento de Madrid

El Amante corto de vista.

« ¡Ay cielos! sueño despierto,
pierdo cuando estoy ganando,
soy lince y á oscuras ando,
y en fin, apunto y no acierto.»

Tirso de Molina.

"¡Cómo! (esclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos estan fuera del alcance de los tiros de *el curioso?* ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?" —Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es dificil. Venga usted acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el descriptor de costumbres los pase por alto sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus

Ayuntamiento de Madrid

bailes, sus ejercicios gimásticos? ¿Pues por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apenas hay amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho á usted que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su descendencia de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion, ó de los escesos de la juventud? Con que ya ve usted, señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa, con que ya usted conocerá que no hay inconveniente en hablar de él. — ¿No? pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo mas que hacer que la eleccion de uno. Tóquele por hoy la suerte á Mauricio R... y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis amables lectoras. — ¿Y quién es el tal? — El tal, señoras mias, es un jóven de veinte y tres, cuya figura espresiva y aire sentimental descubren á primera vista un corazon tierno y propenso al amor; no es por lo tanto estraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Asi ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista, muy corto de vista, lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reirse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser mas atre-

Ayuntamiento de Madrid

vido y ecsigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso; Mauricio es sensible, pero muy comedido; y mas bien quiere privarse de un placer, que causar un disgusto á otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpetuos, como hacen otros sin necesidad y solo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazzowrka!!!* y Mauricio á los veinte y tres años no podia determinarse á dejar de bailar la Mazzowrka. Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero ademas de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Filis volvia rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de preveer un minuto antes? Si creyendo sacar á bailar á la mas hermosa de la sala, se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto, ¿de qué le servia el lente un minuto despues? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazon, y una noche en el baile de la marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez, no pudo menos de espontanear una declaracion en regla. La

Ayuntamiento de Madrid

niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle.

« *Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux.*

Y hé aqui á mi buen mancebo en el momento mas feliz del amor; el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galope* no habian hecho mas que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos, tomaba ecsactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon, la iglesia donde acudia á oir misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá, en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inesperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde, que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió á prevenir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia á la calle donde vivia su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa: Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacía esquina á cierta calle; mas por cuanto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al

Ayuntamiento de Madrid

desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vió venir (ojos femeniles, ¡que no veis cuando estais enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el trage de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de en frente, apenas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon. Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvia la espalda para ocuparse del otro objeto; una hora y mas duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho, y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdia la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) á hacer un paréntesis á su amor, y hablar á la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde, alza la cabeza para hablarla, pero en el mismo momento tírale ella á la cara el pañuelo que tenia en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra éntrase á dentro y cierra estrepitosa-

Ayuntamiento de Madrid

mente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo, y reconoció el mismo bordado, las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró despues la casa, y alcanzó á ver *Visita general número* 12. (*) ¿Cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. A la tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el ausilio del *doble* anteojo recorre con avidez el coliseo, y nada ve que pudiera lisonjearle: sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace á señas y visages, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su descenso, y en la parte mas oscura de la escalera acércase á la niña y la dice: "Señorita, perdone usted mi equivocacion; si sale usted luego al balcon la diré... entre tanto tome usted el pañuelo. — Caballero, ¿qué dice usted? le contestó una voz estraña á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros tea-

(*) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió antes de la nueva numeracion de Madrid, que por su orden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.

Ayuntamiento de Madrid

tros) vino á revelarle que hablaba á otra persona, si bien muy parecida á su ídolo. — Señora...— ¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita. — ¿Qué es eso, niña?—Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde. — ¿Y por dónde tiene ese caballero un pañuelo de Matilde? — Señora... yo... dispense usted... el otro día... la otra noche, quiero decir, en el baile de la marquesa de...— Es verdad, mamá, el señor bailó con mi hermana, y no es estraño que dejase olvidado el pañuelo.— Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado... — A la verdad que es estraño; en fin, caballero, damos á usted las gracias."

Un rayo caido á sus pies no hubiera turbado mas al pobre Mauricio, y lo que mas le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la esposicion del drama, y él no sabia qué suerte iba á correr el tal papel.

Trémulo é indeciso siguió á lo lejos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el mas oscuro abandono. En valde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oidos, y aun sus narices, hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Ayuntamiento de Madrid

Entre tanto ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo asi, y el billete quedó escrito, firmado de letra de muger (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por mas señas con un alfiler. Hecha esta operacion se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa, pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de en frente, sin atreverse á mirar. Estando asi, oye abrirse el balcon: ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera el intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero en fin, al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de sus amo-

Ayuntamiento de Madrid

res. Mauricio con su franqueza natural contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y reveses que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian proporcionado; pero al acabar esta relacion sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde entre otras personas observó sentados á un militar y una jóven: arrímase un poco mas, saca su anteojo (¡insensato! ¿por qué no le sacaste desde el principio?), y conoce que la que tenia sentada junto á él oyendo su conversacion era nada menos que la hermosa Matilde. "¡Ingrata...!" fue lo único que pudo articular, mientras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro. — "Yo no he escrito ese billete." (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.) —¿Pues quién...?—"No sé... llévelo usted; á las doce estaré al balcon."

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon: con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano, ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que *cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones!* Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitacion de Matilde, que le rogaba se fuese á acostar para evitar el relente. — "*Bien mio*, dijo

Ayuntamiento de Madrid

Mauricio con voz almivarada, *¿es usted?*"—Chica, Matilde, la dice el padre por lo bajo, ¿es contigo esto?—Papá, conmigo no señor; yo no sé...—No, pues estas, cosas tuyas son ó de tu hermana.—"Para que vea usted (continúa el galan amartelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete."—A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle... Dicho y hecho; éntrase á la sala mirando á su hija con ojos amenazadores, abre el billete y lee... "*Caballero: si la noche del baile de la marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á usted esperanzas locas...*"—Cielos; ¡pero qué veo! esta es letra de mi muger...—¡Ay papá mio!—¡Infame! á los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas...--Pero papá...--Déjame que la despierte, y que alborote la casa... Con efecto, asi lo hizo, y en mas de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó medio á entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por mas tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama á la puerta; asómase el padre al balcon; "caballero, tenga usted á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta." El padre coge dos pistolas y baja precipitado; abre la puerta; "escoja usted." le dice.—"Serénese usted, contesta el jóven; yo soy un caballero, mi nombre es N., y mi casa bien

Ayuntamiento de Madrid

conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de usted, y no debo consentirlo sin esplicársela." Aqui hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitacion del zeloso coronel.

Al siguiente dia la marquesa presentó á Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aqui siguió mas tranquila la historia de estos amores, y los que desean apurar las cosas hasta el fin pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada, á pesar de que ésta, mirada de cerca, á buena luz y con anteojos, le pareció á aquel no tan bella por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo: sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar éstas sino una sencilla operacion, que fue... quitarse los anteojos.

Ayuntamiento de Madrid

Las Tiendas.

« ¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
mayores) lo que cuestan sus encajes,
sus cadenetas, randas y arandelas?
¿quién las ciegas mudanzas de los trages?»

B. de Argensola.

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debia hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenia sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos á mi sabor. Encontrábame á la sazon en medio en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba á mas no poder. Lánguido é indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa ya á una esquina, ya á otra, y mientras nada hacia, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion, y la variedad de nombres *clásicos* que denuncian á la posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si "para dormir no es menester luz," para pensar tampoco se necesita estar en pie, y esto diciendo, cuflé por lo mas ancho la famosa ca-

Ayuntamiento de Madrid

lle Mayor, huyendo de los encontrados pasos de diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos é importunos; y dejando á un lado las gradas de San Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, dí fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos; quiero decir, que no habia en la tienda mas gente que ellos, y yo, que entraba.—Felices dias, señores.— A Dios, señor don Tal (*le nom ne fait pas a l'affaire*).—¿Cómo asi tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin ó de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿qué es esto? vuelvo á decir: ¿qué soliloquio es este? ¿ha invadido el cólera-morbo nuestra capital, ó ha dejado de venir el *Journal des Modes?* Porque solo causas tan graves pudieran hacer á esas varas castellanas estar paradas á tales horas.—Es la verdad, me contestó el mas almivarado; pero no hay que estrañarlo, pues en el Diario de hoy se hacen tales anuncios que habrán llamado la concurrencia hácia el Sur, hasta que desengañada por la milésima vez venga antes de una hora como de costumbre.

Y no habia acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta á una dama muy elegante seguida de su lacayo; y saludando con aire marcial á los jóvenes, que la contestaron con el

Ayuntamiento de Madrid

nombre de marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla mirándose al espejo que tenia en frente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil diges y chucherías sacó algo arrugado el número 89 del *Petit Courrier*. Entonces abrió un lentecito de oro, miró por encima de él, y leyó un rato; despues ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurin, volvió á leer, y pidió *gros-grains*.—No tenemos, le constestó el mas prócsimo de los mancebos: ¿cómo que no? interrumpió vivamente otro que desde el principio no habia quitado ojo del figurin. No te acuerdas de aquella tela... (Aqui bajó tanto la voz que no le pude oir.)—¡Ah! sí, es verdad, le contestó el primero; vé por ella: en efecto, entró en la trastienda, y del rincon de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador: la risita de los demas mancebos me dió á sospechar que sino era la prevenida en el número 89 de este año, podia muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener á mano una definicion académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas, preguntó el precio: los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó... una targeta muy elegan-

Ayuntamiento de Madrid

te con yo no sé cuántas armaduras y geroglíficos, que indicaba su título y señas de la habitacion, diciendo al mancebo principal que podria enviar por el importe *el lunes*, verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreirme de esta salida, y no bien se hubo marchado, y mientras lo sentaban en el libro á continuacion de otras cinco ó seis partidas pendientes, dí un poco de broma á los mancebos sobre el estreno que habian tenido; pero habiéndome esplicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aun reíamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, éstas en un interesante *negligè* y aquella en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda, y empezaron tal demanda de *rasos*, *gros de Naples*, *poplines*, *organdis*, *crespones*, *barés*, *moirés*, *paliacats*, *cotepalis* y demas, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseñar muestras. Ellas entre sí armaron una algarabía singular: cuál se inclinaba á una tela, cuál á otra; ésta se ponia un pañuelo al espejo y nos parecia muy hermosa, luego se le ponia la mamá y nos parecia muy fea; despues disertaban sobre las calidades; si aquel era mas fino que éste, si éste mas elegante que estotro,

"si el tafetan de Florencia
abulta mas que el de España:"

Ayuntamiento de Madrid

preguntaban de dónde eran aquellas telas, se les respondía que de *Lion*, y estaba yo viendo una punta no bien cortada que decia *Barcelona;* por fin, apartaron no sé cuántas cosas y empezaron á pedir precios. Alli fue el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; despues hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo á los mancebos que eran unos picarillos, que no hacian gracia á las parroquianas y demas, con que los pobres iban ablandando tanto cuanto; pero una severa mirada del mas mal encarado les impuso en su deber, y respondieron unánimes: "No podemos;" con lo cual se marcharon las damas, y ellos se quedaron ocupados en volver á doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que á juzgar por su aire, sus modales y vestido, califiqué desde luego de una gran persona: entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron á servirla, despejando el mostrador, no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quién era: dirigíme para el caso á uno de ellos, y no sin admiracion supe que era la esposa de un empleado muy subalterno á quien yo conozco; pero creció de todo punto mi asombro cuando habiendo escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo, y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran al poco mas ó menos el sueldo de tres meses de su esposo), hecho lo cual, cargó de otras

Ayuntamiento de Madrid

varias telas, que pagó tan generosamente, y marchó dejándome en el mayor écstasis; por fortuna una dama que habia presenciado todo el paso me sacó de él, diciendo, "cómo luce la Fulana las onzas que ganó antes de anoche en casa de... valiérala mas pagar al casero."

Ya á la sazon ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que habia venido á buscar un pedazo de percal *como la muestra*, y el mancebillo listo la hacía rabiar enseñándola piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada, si bien mejor recibida; por último, concluyó con darla lo que pedia; item mas, con la galantería de no quererla cobrar el importe. No bien se habia acabado esta escena, empezó otra, en la cual tuve el honor de figurar, y fue la que produjo la entrada de cierta señora, conocida mia, la cual me tomó por asesor de su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mio, nunca me inclinaba á lo peor; por otro lado, era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; asi que en fuerza de mis observaciones le hice reunir una partidita mas que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué habia yo de hacer! La ocasion no era para rechazada; volvíme á ella y la dije: "Paquita, no pase usted cuidado por ello, que está en tierra de

Ayuntamiento de Madrid

amigos, y hallándome yo aqui...—Oh, no: ¡cómo tengo de permitir...! — Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace falta para arreglarlas un pequeño pico como ese." — En vano me replicó dulcemente; yo insistí con mas dulzura, y dulcificando mas y mas nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos.

La tienda entre tanto se iba llenando de gentes, y eran tan rápidos los movimientos que no podia enterarme de ninguno; solo llamó mi atencion una pareja jóven, tan ecsigua y acarameladá que no pude dudar que se hallaba todavía en el primer mes de matrimonio. Con efecto, era asi, y un conocedor no podia menos de adivinarlo al ver las escesivas blondas, follages y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galan. Por de pronto hizo sentar á la esposa con cierta solicitud que me dió á conocer sus esperanzas; empezaron á pedir, y todo era poco para la ecsigencia de aquel alfeñique femenil, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ver ya hechos los trages de aquellas brillantes telas, agotada la imaginacion de las modistas en dar con ellas forma humana adonde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

"Dad al diablo la muger

Ayuntamiento de Madrid

Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer."

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirian mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso despedíme de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran mas que las once y media, me dirigí por el pronto á una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinquets; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demas asientos: queriendo emplear en algo el tiempo, pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron á aconsejarme el que debia tomar, alabarme su belleza, asegurarme que era igual al que llevaba el duque de... y en fin, á hacer los demas oficios propios del mercader; yo, que dí poca importancia á sus espresiones, tomé el que me pareció, y aun estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que lo cogió en sus manos, empezó á blandirle y á probar su elasticidad con tal brio, que á los cinco minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fue á dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo; pero el dueño no lo permitió; despues se levantaron todos y se

Ayuntamiento de Madrid

pusieron á la puerta, y en entrando alguna señora entraban detras, y hacian los mismos elogios de todo lo que ponia en precio; con esto, y con algunas palabras mas ó menos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante espresivo. En esto acertó á parar un coche delante de la tienda, y todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquella en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compas con cabeza, pie y abanico, la niña en el estremo contrario hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien tenia todo el carácter de una verdadera conspiracion. La mamá volvió rápidamente á buscar á la niña, pero ya ésta habia visto su movimiento en un espejo que tenia delante, y con la mayor sinceridad se puso á preguntar si estaba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del monasterio de Santa Amalverga. ¡Oh inocencia digna de la edad media! La mamá tuvo trabajo en persuadirla que era fingido, y el galan entre tanto probaba unos anteojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la casa, que ya preveía su prócsima disolucion.

Yo reía de veras de toda esta escena, y por tener un pretesto para dilatar mi permanencia

Ayuntamiento de Madrid

compré una lamparilla que servia de pedestal á Napoleon meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me dispuse á observar el desenlace; mas ¡oh fatalidad! estando en esto dieron las doce, y tuve que echar á correr sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente ¿qué es lo que yo habia hecho en una hora? y no pudiendo menos de convenir con Moreto

"Que de aqui para alli
Y de alli para aqui,
De allá para acá
Y de acá para allá,
El tiempo se va."

Ayuntamiento de Madrid

El Barbero de Madrid.

« Pronto a far tutto
la notte e il giorno,
sempre d'intorno
in giro stà. »

Aria de Fígaro.

¿Sabe usted, señor editor de las *Cartas Españolas*, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los dias estan mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme á una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío? A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengue el discurso como la obligacion de tenerles á tal ó tal hora determinada. Y no dígolo por el mio, pues este claro está que de suyo es apocado y ecsiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial, de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito, y repugna y rechaza los lazos que le sujetan. Pero al fin y postre, y viniendo á mi asunto, puesto que maldita la gana tengo de ello, preciso será sentarme á escribir algo, si es que mañana he de res-

Ayuntamiento de Madrid

ponder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y... pero entiendo que antes de empezar á escribir bueno será pensar sobre qué... Asi lo recomienda el célebre satírico francés

"*avant donc que d'ecrire apprenez á penser.*"

Mas no hay porque detenerse en ello, sino imitar á tantos escritores del dia que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias á ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos. (Aqui *el curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa.* La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su écstasis.)—Hola, maestro, ¿es usted? Me alegro, con eso hablará usted por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que á aquel le retrató Beaumarchais, y á éste le pinto yo; no es nada la diferencia. Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla tambien, ademas de que ya nos lo han ofrecido cantado y rezado, y aun en danza, y nos le sabemos de coro. Vaya otro barbero no

Ayuntamiento de Madrid

tan sabio, no tan ingenioso, pero mas del dia; no vestido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo. No... pero en fin, maestro, cuéntenos usted su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

—Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo asi que supe decir *amen*; de manera que con el señor cura, mis padres y yo, componiamos todo el cabildo. En mi casa se tenia por cosa cierta que yo habia de llegar á ser fraile francisco, porque asi lo habia soñado mi madre, y ya me hacian ir con el hábito y me enseñaban á rezar en latin; pero por mas que discurrian no podian sujetar mis travesuras. Ni en las vinageras habia vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar, me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacía moverse, ni mas ni menos que si fueran atacadas de perlesía. En suma, tanto me querian sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera á que me destinaban, que una mañana, sin decir esta boca es mia, cogí el camino por lo mas ancho, y no paré hasta la Carrera de San Francisco de esta heróica villa, en casa de un primo mio, y habiéndome dicho el nombre de la calle, dí por realizado el sueño de mi madre, y á mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirujía, y llevaba

Ayuntamiento de Madrid

dos años de asistencia al colegio de San Cárlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos, y era tan afecto á la anatomía, que se empeñó en disecar á su muger; asi que yo, luego que perdí el miedo á las terribles espresiones de *fisiologia*, *higiene*, *terapéutica*, *sifilítico*, *obstetricia*, y otras asi de que abundaban aquellos librotes que él traía entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesion, y por el pronto aprendí á afeitar, haciendo la esperiencia en un pobre de la esquina á quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar *de limosna*. Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado ademas en el colegio, dejé á mi primo y me puse en otra barbería, donde habia una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo á practicar no sé qué esperiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algun tiempo. En fin, salí como pude, y de la casa tambien, marchando á seguir en otra mis estudios, aunque por entonces me limité á la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años de otros sucesos menores me hallé con que sabia tanto como mi maestro, y que solo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un ecsámen y muy bue-

Ayuntamiento de Madrid

nos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en estremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal cual enfermo *vergonzante* que suele caerme, y sino mirase al dia de mañana, créame usted que la vida que llevo no es para desear mudarla; porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar á algun otro aguador ó panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio á asistir en clase de oyente, ó á ver á mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer á tal otra, ó alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los estremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto, en casa de una marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle ungüentos y brebajes; en otra casa el señor don Cenon, que ha sido atacado del reuma, me obliga á ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Críspulo, el elegante, quiere que le corte los callos, y en la de mas allá una niña me esplica los síntomas de una enferme-

Ayuntamiento de Madrid

dad parecida á la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo. Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir, porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me ausilia vertiendo en la vacía al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la estendida magra, ya la suculenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi ecsámen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo dia.

Concluidas por fin mis operaciones matutinas vuelvo á la tienda tan contento de mí, que no me trocaria por el mismo maestro, y con esto, y con asistir á alguna operacion quirúrgica, rasurar tal ó cual escotero, ó rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el dia. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que cuidar, ó que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, ó entre responso y gemido, hago mis escapatorias á colgarme de la ventana de mi Dulcinea, á quien despierto con los tiernos acentos de mi voz. Hé aqui mi vida tal como pasa, y si usted conoce otra mejor, para mí santiguada que yo no. —

Ayuntamiento de Madrid

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia á proseguir pensando en mi artículo; pero nada bueno me salia, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino ésta, y acordándome de la narracion de mi barbero, asaltóme la idea de que diciendo lo que él habló tenia coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, sino de las mas limpias. Hícelo en efecto asi, y me fui á acostar muy satisfecho; mas no bien habia cerrado los ojos, cuando un ruido estraño me despertó. Parecióme oir puntear una guitarra, y asi era la verdad, que la punteaban del lado la calle, mas diciendo como don Diego en el Sí de las Niñas: *Pobre gente, ¿quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música?* volvíme del otro lado con intencion de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca; con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

Aunque los males curo
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mias.
Que sus saetas
Tienen mas poderío
Que mis recetas.

No me pareció del todo mal el concepto barbe-

Ayuntamiento de Madrid

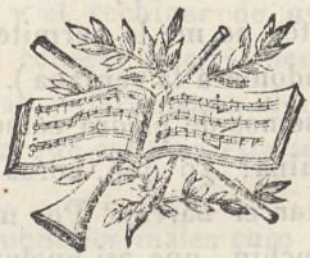
ril, y por ver si continuaba ó yo me habia equivocado, dejéle echar el preludio de la segunda copla, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba á la ventana á pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el preludio, y la voz volvió á cantar:

Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oir los suspiros
De quien te adora.
Depon el miedo,
Que todo el mundo duerme
Menos tu Pedro.

Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de usted no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome á la ventana). ¿Parécele á usted que aqui somos de piedra como el guardacanton de la esquina? ¿ó qué horas son estas para venir á alborotar el barrio? Por mi fé, seor Monaguillo Parlanchin, que asi vuelva usted á tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está á mi espalda no le tornará á colar mas chorizos en la bacía. — Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fui á acostar. Pero á la mañana siguente se me presentó el compungido galan, luego la trasnochada dama, y jugándola ambos de personages de comedia se pusieron á mis pies pidiéndome licencia par matri-

Ayuntamiento de Madrid

moniar. ¡Qué habia yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* ú *romántico*; alcélos con gravedad, y despues de un corto y mal dirigido sermon les dispensé mi venia; item mas, me ofrecí al padrinazgo, y aun á completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.



Ayuntamiento de Madrid

El Poeta y su Dama.

«Ce qui ne vaut pas la peine
d'etre dit, on le chante.»
Beaumarchais.

"Aquel poeta inmortal
Que en las alas del Pegaso
Caminando hácia el Parnaso
Se paró en el Hospital;

El que con la lira de oro
Tuvo que comer pepinos
Por no vender los divinos
Dones del luciente coro;

El que robaba las perlas
De la aurora al despertar
Sin poder nunca lograr
Ni empeñarlas ni venderlas;

El que pasó el medio dia
Con Horacio y con pan duro,
Y en lugar de vino puro
Bebió néctar y ambrosía.

Ayuntamiento de Madrid

Á vos, del alma señora,
La ingrata, la desleal,
La que causásteis su mal,
La que os burlais de él ahora,

Libre ya de sus dolores
Llega este insigne poeta
De vuestra beldad perfeta
Á mirar los resplandores.

Háganme trocar la poca
Fortuna que en mí se siente
La plata de vuestra frente
Y el coral de vuestra boca,

Que si son vuestros cabellos
De oro fino cual ninguno,
Dándomelos uno á uno
Me remediaré con ellos.

No es mi miseria tan rara
Si vos me quereis querer,
Que algo me puede valer
El marfil de vuestra cara.

Yo os haré á vos inmortal;
Vos me dareis con que coma;
Yo os haré verter aroma
Por los labios de coral;

Ayuntamiento de Madrid

Vos un hombre hareis de mí,
Yo de vos, haré una diosa;
Si en ello venís gozosa,
Empecemos desde aqui."

Asi cantaba Liseno
Con la lira destemplada,
Aun medio convaleciente,
Á la puerta de su dama.
Ella sus voces oía,
Pero ya solo escuchaba
De otro amante los suspiros,
Aunque eran en prosa llana,
Y es que iban acompañados
De diamantes y esmeraldas,
Y esto les daba una fuerza
Bastante á rendir mil almas.
Ella al oir al poeta
Creía que rebuznaba,
Y escuchar á Ciceron
Pensó cuando el otro hablára,
Porque en materia de letras
Está por las que se cambian,
Y cansada de ser diosa
Quiere las cosas humanas.
Hasta que ya decidida
Abrió por fin la ventana,
Y al Poeta desdichado
Estas razones le habla.

Ayuntamiento de Madrid

"No pienses en persuadirme,
Hombre mas duro y cansado
Que el pedernal seco y firme;
Sino quieres aburrirme
Vuelve el son hácia otro lado.

Escuchen otros oidos
Tus sempiternas canciones,
Y te escuchen complacidos,
Que yo no quiero mas ruidos
Que el ruido de los doblones.

Yo no busco que mi amante
Me pondere su constancia
En un discurso elegante
Que como haya con-sonante
Aunque hubiere disonancia.

Si son mis megillas perlas
Y mi frente plateada,
No llegarás á obtenerlas,
Pues con tanto encarecerlas
No ofreces por ellas nada.

Déjame tú en paz á mí,
Pues en paz te dejo yo:
Busca quien te diga sí,
Y no pierdas tiempo aqui
Do siempre oirás que no."

Ayuntamiento de Madrid

Absorto de este lenguaje
El amante desdichado
Á la cerrada ventana
Se ha quedado contemplando,
Hasta que volviendo en sí
Tornó á marchar cabizbajo
Camino del Hospital
Como quien va hácia el Parnaso.

Ayuntamiento de Madrid

Las Ferias.

«*Ferias* me pide por Mayo,
y para pedirlas Menga
cada dia es San Miguel
y todo el año son ferias.»

Esquilache.

Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa á cambio de cortesías, quien paga su amor á precio de cuatro suspiros; dos *ergos* y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos, la desdicha suele á veces comprar el talento, y el talento cambiarse por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educacion, y la figura corre en ocasiones á mas subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, suele adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva, con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es *el dinero*; con ella se logran las comodidades, los halagos, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y

Ayuntamiento de Madrid

hasta la hermosura física.—Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofía, y aun no sé si diga de tanta sutileza. ¡Hombre de Barrabás! ¿adónde va usted á parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algun manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aqui solo hablamos de lo que pasa en tiempo *de feria*: ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?—Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en mas rápida circulacion todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará á un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarse unos á otros.—Vaya, déjese usted de ejes y panoramas, y supuesto que ha llegado á Madrid en la temporada de feria, sepa ante todas cosas que la de esta villa, que empieza el dia de San Mateo, 21 de setiembre, fue concedida por privilegio del rey don Juan el II en 8 de abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el dia de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince dias, se han reunido en una, que concluye en 4 de octubre, y hé aqui sin duda la razon de que aun hoy se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos.—Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudicion histórica, aunque si va á decir la verdad, no le encuentro mas oportuno que mi ecsordio filosófico.—Tiene usted razon,

Ayuntamiento de Madrid

señor Provinciano, pero por algo habiamos de empezar á hablar.

Aqui callamos los dos y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que pasando por la calle de Atocha: —Venga usted acá (dije al Provinciano), que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era asi, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto dejaban ver, aunque en modesta prendería, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como á todo nos contestase la muger que los vendía: "Esto se da en tanto, y ha costado cuanto hace seis meses," entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina habia obligado á su dueño á desprenderse de ellos, á lo cual nos satisfizo la prendera, diciéndonos que pertenecian á una cantatriz italiana que habia concluido su contrata: estando en esto vimos llegar á una jóven acompañada de un caballero que los puso todos en precio, y al ver su resolucion, sus modales, y mas que todo la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquella empezaba entonces *su contrata*, aunque de distinto género.

Mas allá, en otro gran depósito, observamos una coleccion de catres de todos los gustos desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba á la escuela, sin que en las distintas *esposiciones* que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuánto y no en

Ayuntamiento de Madrid

aquel momento, mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo á su pueblo para regalárselo á cierta sobrina casadera; y hé aqui que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aun de la sétima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes serios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanacion! en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decia: Al Excmo. Sr. D... Ministro de S. M. Fernando VI; ¡y yo la compré para llevarla á los bailes de Carnaval... !

Pero nada nos entretenia tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados que parecian la verdadera efigie del retablo de Maese Pedro despues de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr., uno que dejamos á la derecha en la calle de la Magdalena consistía ni mas ni menos en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orin, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada á la pared, hasta unos seis ó siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja. Y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó á colmar nuestro asombro un hombre que despues de haberlo todo considerado detenidamen-

Ayuntamiento de Madrid

te lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas. No pude contenerme, y sin mas preámbulos me determiné á preguntarle para qué podria servirle todo aquello, á lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó: "Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-María; desde entonces voy aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Asi que vi este puesto, consideré que la media tinaja podia servirme para el fogon, el espejo para la claravoya de la escalera, las puertas rotas para ventanas, la escopeta para el cañon de la chimenea, las alcarrazas para bajadas de aguas, los clavos para los adornos, menos uno que servirá de badajo á la campanilla, y la rodela agujereada para tronera de la cueva. Con que ya ustedes ven que todo puede servir en este mundo."

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino á distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atencion de los inteligentes. Alli era el verlos considerar las pinturas largo rato y á todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (despues de haber leido la firma que estaba á la espalda), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demas retahila de voces científicas. El hombre que los vendia no

Ayuntamiento de Madrid

estaba tan al corriente como ellos; asi que, para él era el mejor el que tenia mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una coleccion de brillantes mamarrachos. Parado estaba yo delante de un retrato muy parecido, de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que viviendo todavía, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veían, hasta que habiéndolo verificado un jóven que acertó á pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tomando un aire de reto, preguntó ¿quién vendia aquel cuadro? contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habérsele pagado despues de mandárselo hacer; á lo cual mi galan algo abochornado lo rescató sin reparar en el precio, y solo esclamó:

"¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!"

con lo demas que se sigue; mientras nosotros quedamos riendo del epígrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullía tanta multitud ni se reproducian mas escenas que al rededor de los puestos de libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras

Ayuntamiento de Madrid

cogíamos éste, abríamos aquel, ojeábamos el otro ó tirábamos el de mas allá, no podian menos de distraer nuestra atencion algunos de los episodios que pasaban á nuestro lado; por ejemplo, llegó un pedanton de estos que hablan poco y gesticulan mucho, de estos que todo lo desprecian y que nada hacen, de estos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó á todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en aleman; pero mientras le contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas sin hacer la menor señal de entender el testo. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el monton de artes de Cocina, Formularios, Guias atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban á 4 rs. chico con grande; y todos alargaban la mano á un tomo del Diccionario de M... porque tenia un forro muy bonito, y luego en leyendo la portada soltábanle ni mas ni menos que si se hubieran quemado los dedos. ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros dias, cuyos recientes anuncios ablandan aun las esquinas de la capital, yacían en aquel *osario* heridas de prematura y no sospechada muerte! Alli las novísimas Historias y Compendios abreviados, alli los Retratos y Discursos, alli las sensibles parejas Fulano y Zutana, los Amantes desgraciados, y los dichosos, los Castillos góticos, los

Ayuntamiento de Madrid

Espectros y Fantasmas en galería, los Artes para todo que de nada sirven, los Tratados breves, las Memorias y Folletos, las Enciclopedias que pueden ir en carta, las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones. ¿Quién al mirar tal destrozo no habia de temblar por sí? Yo al menos hice mis *Mementos*, y por si tambien me alcanzaba el castigo, esclamé con fervor: "*¡Domine, pecavi, miserere mei!*"

Apartámonos de aquel sitio, y llegamos á la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinada á mas terribles escenas. Intentando atravesarla fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar á su lado hirieron mis oidos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo: "*Tan tan*... Ahora van ustedes á ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias." Paréme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habiamos de atravesar todo Madrid para verla, era mas cómodo mirarla pintada por dos cuartos: pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó á decir:—"Aqui verán ustedes qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: *tan tan*... Van ustedes á ver la famosa feria de Madrid... Avellanas y nueces, dominguillos y cortejos... *tan tan*... Miren ustedes cuántos

Ayuntamiento de Madrid

muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea mas que de estorbo... *tan tan*... ¡Cuántos muñecos parados, y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados...! *tan tan*... ¡Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso. ¡Ay, y qué pintaditas y qué compuestitas...! *tan tan*... ¡Cuántos platos y pucheros, y qué poco que comer, cuántos servicios, y qué pocos méritos, cuántos libros, y qué pocos que lean...! *tan tan*... Miren ustedes qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te... entones... *tan tan*... Observen ustedes ahí á la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detras no es el criado, que es el marido... *tan tan*... Vean ustedes qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que á su padre no... *tan tan*... Atencion; miren ustedes esos lechuguinos que siguen á esas niñas; ay, que se paran delante de las mesas á ver los muñecos; y ellos tambien se paran en frente: "¿Qué quereis, hijas mias? — Ay, mamá, fériennos usted un muñequito..." *tan tan*... A esotro lado vean ustedes un militar buen mozo, que se estira los bigotes, y cómo le gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oido y la dice: "Mi alma, ¿quiere usted que la ferie?" y ella dice: "¿Y por qué no?" Y la compra avellanas y azofaifas, y acerolas y nueces, y... ¡ay pobreci-

Ayuntamiento de Madrid

to, mira no te ferie ella á tí...! *tan tan...* Vean ustedes esotro elegante que hace parar un coche, y les alarga á los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana... *tan tan...* Vamos, señores, que se va haciendo tarde: ¿he dicho algo? pues aun queda lo mejor; pero otro dia será; esto se acabó, y la feria tambien; hagan ustedes cuenta que llegamos al dia de San Francisco... *tan tan...* Y tapó el cristalejo y nos dejó á buenas noches.

Ayuntamiento de Madrid

Riqueza y miseria.

«No son todas las leyes generales,
que muchas escepciones hay en ellas,
ni las cosas del mundo son iguales.»

L. de Argensola.

Hallándome en Zaragoza durante mi primera juventud contraje amistad íntima con el hijo del marqués de..., jóven amable, franco y bullicioso, como yo lo era tambien entonces, y como me pesa no serlo ahora: nuestras relaciones no eran de aquellas superficiales que las circunstancias ó la casualidad suelen hacer nacer, antes bien tenian el carácter de una verdadera amistad; asi que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos á la distraccion y los placeres (que eran los mas), llegamos á ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que asi se llamaba el hijo del marqués) unia á una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazan, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los

Ayuntamiento de Madrid

estudios de Ricardo se habian limitado á esto solo; y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas, no tenian los motivos de alabanza que los de equitacion y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta, la obligacion en que su elevada cuna le ponia de adquirir una instruccion poco comun; hablábale de la necesidad de corresponder á su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algun dia pesarian sobre sus hombros; y le ponia delante la consideracion de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra; todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su carácter; pero la adulacion llegaba muy pronto á destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacian creer que el estudio no era ocupacion digna de un caballero, y sí solo de aquellos que le necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marqués y poderoso, de nada mas necesitaba; que se dejase de cálculos y de vigilias, y solo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor ó de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual, y la aprobacion de unos ojos negros, seducian al pobre marqués en términos, que hube de dejar á que el tiempo obrase lo que yo no podia.

Desde entonces nuestra casa fue la mansion de la disipacion y de los placeres: los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducian sin cesar; las damas mas bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus mo-

Ayuntamiento de Madrid

dales y vestido: las modas de París y de Londres, los coches de Bruselas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredores que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un *fashionable* de Londres, y hablaba mal de nuestras cosas, con lo cual, y fiándose de mercaderes estrangeros, muy pronto se vió asaltado de acreedores y rufianes.

La suerte me separó por entonces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al estremo; pero la muerte de su padre vino á poner término á ellos, y el nuevo marqués al noticiármela al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que habia variado de vida, arreglado sus negocios, y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco despues me escribió su marcha á la corte, adonde le llamaban sus deseos hacía muchos años, y desde entonces nada volví á saber de él; hasta que habiendo yo venido á Madrid le visité como á un amigo antiguo; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al marqués de..., uno de los hombres mas visibles de la corte, y cuyo tren y magnificencia oía ponderar por todas partes. Recibióme con atencion, pero sin cordialidad; me enseñó con una distraccion afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardin, sus caballos y car-

Ayuntamiento de Madrid

rozas, y aun me presentó á la marquesa como un amigo *de su niñez;* pero en todos sus modales noté una reserva, una pretension, que me obligó á mantenerme á cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentílo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver á visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que dias pasados atrevesando la calle de Alcalá me oí llamar desde un coche y conocí al marqués, mi antiguo camarada: no dejó de sorprenderme esta demostracion; pero aun mas me sorprendieron sus instancias para que al siguiente martes le acompañase á almorzar, por tener, segun dijo, que consultar conmigo cosas del mayor interes; y sin dejarme accion para producir mis escusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el martes me encaminé á casa del marqués, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalon, y á fuer del precepto de *nadie pase sin hablar al portero*, escrito en enormes caractéres sobre la pequeña casilla de este, me dirigí á él para darle mi nombre; pero fue en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupacion, que era enseñar el ejercicio á un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me indicó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hom-

Ayuntamiento de Madrid

bres al rededor de una mesa que jugaban á los naipes, y sin alzar los ojos á mí, ni informarse de á quién buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento, y abrieron una mampara que daba entrada á un salon cubierto de dobles filas de bufetes todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban á la sazon fuertemente sobre si eran ocho ó nueve mil duros, si se contaba desde tal ó tal mes, y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algun arrendamiento de las posesiones del marqués; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversacion era cosa de interes público. No la interrumpieron por mi llegada, antes bien me hicieron partícipe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver á S. E., y de la equivocacion que me habia hecho entrar en las oficinas, uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir á buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas cuantas salas todas igualmente ocupadas que la anterior, y sobre cuyas puertas habia varios rótulos, como *Secretaría*, *Contaduría*, *Archivo*, *Tesorería* &c. &c.

Las ocupaciones de aquellos señores eran varias; quién se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; quién leía la gaceta con los codos sobre el bufete y meneando los labios; quién tomaba el sol cerca de una ventana; quién dormia gravemente en su sillon con las manos metidas en los bolsillos del pantalon; y luego entraron los porteros y traían

Ayuntamiento de Madrid

sendas botellas y vasos acompañados de tiernos panecillos, con lo cual todos se apresuraron á tomar *las once* para cobrar nuevas fuerzas con que servir á S. E.

Compadecíme del marqués, á quien una antigua preocupacion obligaba á mantener aquella cohorte, y subí á la habitacion principal. No habia nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad, pero á la tercera me encontré con un grupo de lacayos que me hicieron aguardar hasta que llegase el *portero de estrados:* pareció este al cabo de un buen rato con toda la autoridad de un conserge, y dudando de pasar á tal hora recado á S. E., díjele que era llamado; y entonces sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió á llamar á un ayuda de cámara, el cual me dirigió á otro, y este á otro, que me hizo dar con el *secretario particular*, quien ya tenia antecedentes de mi visita.

Abrióse por fin la mampara que ocultaba á S. E., y entrando en el gabinete me encontré al marqués que acababa de dejar el lecho y se habia recostado en el sofá por precaucion para no fatigarse mientras se entretenia en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados. No bien me vió tiró todas las fichas y corrió á abrazarme, en lo cual, y en su espresion amable y sincera, volví á reconocer á mi amigo Ricardo: los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él cogióme el marqués del brazo y descendimos al jardin,

Ayuntamiento de Madrid

donde empezó la conversacion de esta manera.—

"Sin duda, amigo mio, que mi proceder te habrá parecido estraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es. —Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada mas que tu indiferencia, pues conozco muy bien que el aire de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad. —Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debia inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir á tu amistad, es mas bien un sentimiento de egoismo. — ¿Cómo? — Sí, amigo mio, necesito de tí. — ¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso marqués de...? — ¡Poderoso...! ¡ay...! no lo soy; pero aunque lo fuera, siempre me serian oportunos los consejos de un amigo verdadero; juzga tú cuánto mas necesarios me serán en la desgracia. —Habla, mi querido marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahogate con tu mejor amigo. Un momento de silencio y un estrecho abrazo del marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

Ya te acordarás (continuó) de que á poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta alli habia seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada

Ayuntamiento de Madrid

disipacion me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva á cuatro millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquellos, y aun me lisonjeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida á Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó á reproducir mis ideas favoritas de ostentacion, y á lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban á todo, y aun me parecia imposible que el capricho me hiciera inventar medios bastantes á consumirlas; pero ¡ay de mí! ¡cómo me engañé! ¿Querrás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes sin duda hablar de mis funciones y festines; considérasme el mortal mas feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí; sí, amigo mio, reina, pero es para los que me rodean; el mas miserable de mis colonos es mas feliz y mas poderoso que yo. -- Creo haberlo adivinado. -- ¿Ves esa legion de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? Pues de nada me sirven, mientras que mis rentas les sirven á ellos para gozar una vida regalada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interes y afeccion? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta, y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que á una ligera insinuacion mia corre á buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ese me presta á un interes enorme los productos de mis

Ayuntamiento de Madrid

mismas posesiones. ¿Esos administradores avaros que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre, bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues esos son otros tantos señores con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan á mi paso con el mas profundo respeto? Pues míralos un momento despues; veráslos vestidos con mi ropa, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios, y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuadras, todo es presa de esas plantas parásitas que se alimentan de lo que es mio, sin que pueda yo evitarlo por no chocar con la costumbre, y aun con las ideas que recibí en la educacion.--

Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentacion.-- ¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoistas que me aplauden ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazon? Mi esposa misma y mis hijos, alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan por ventura las caricias y la afeccion que encuentra en los suyos hasta el mas infeliz artesano? Mis enormes rentas ¿me permiten disponer á cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿no he vendido ya mis fincas libres, gra-

Ayuntamiento de Madrid

vado enormemente las vinculadas, acudido á los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luego sobre mi firma, despues sobre alhajas y posesiones, y á falta de estas han llegado á no prestarme por nada? Los criados me piden sus sueldos, mi muger su dote, mis hijos su fortuna, y la memoria de mis abuelos el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males! -- Con la filosofía y la virtud, mi querido marqués. Tú hubieras evitado tal abismo, si siguiendo mis consejos hubieras cultivado tu buen carácter en la educacion, y dado á tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos que tu fortuna te permitia: los viajes útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros paises, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, ó brillar en el campo del honor. Pero quisiste mas bien formarte para la holganza, y te rodeaste de una corte de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de tí; pensaste no necesitar de nadie, y no reflecsionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo. Pero en fin, mi querido Ricardo, todavía estás á tiempo; por fortuna tu corazon ha sufrido sin dañarse tamaño combate, pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir

Ayuntamiento de Madrid

nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupcion y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipacion y del bullicio, encontrarás la paz del alma que solo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas bien distribuidas sirvan, despues de satisfacer tus empeños, á proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete á remediar tu desgracia; y tus súbditos, mirándote de cerca, lleguen á conocerte y amarte... Huye, mi querido Ricardo, muéstrate hombre una vez...”

Un nuevo abrazo, interrumpido con los sollozos del marqués, puso fin á esta vehemente conversacion... Quince dias despues he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

Ayuntamiento de Madrid

El Campo Santo. (1)

« No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera,
mas que duró lo que vió;
porque todo ha de pasar
por tal manera. »

Jorge Manrique.

Muy pocos serán (hablo solo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflecsion) los que no hayan esperimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad.* Con efecto, ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegacion de sí mismo que nos inclina en ocasiones á hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su estension, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán estraño es en aquel momento el hombre á todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en

(1) El suceso á que se refiere este discurso es ecsacto; las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria aun despues de algunos años.

Ayuntamiento de Madrid

él el único consuelo á sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo quiere los campos, y su triste soledad le halaga mas que la agitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian abligado á dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginacion me dirigí fuera de la villa, adonde mas libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de San Fernando, me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce á aquel. A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oir el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta alli habian interrumpido mis reflecsiones, y un profundo silencio sucedia á aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacía continuar el camino, deteniéndome solo un instante para saludar á la cruz que vi delante de la puerta; pero ésta se hallaba cerrada, y nadie parecia al rededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?

Desistia ya de mi proyecto apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinacion de ésta me dió á conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y girando sodre sus goznes me

Ayuntamiento de Madrid

dejó ver el *Campo Santo*. Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada, atravesé el primer patio, y me dirigí á la iglesia que veía en frente, mirando á todas partes por si descubria alguno de los encargados del cementerio; pero á nadie vi, y mientras hice mi breve oracion tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví á salir de la iglesia á uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo á lo largo de sus paredes iba leyendo las lápidas é inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetia el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subia de todo punto cuando leía entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, ó de aquellas personas á quienes vi brillar en el mundo. ¡Y qué! decia yo; ¿será posible que aqui, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria del saber? "Aqui yace el escelentísimo señor duque de..." ¿Será verdad?

"Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido."

Ayuntamiento de Madrid

¿Pero qué miro? ¿tú tambien, bella Matilde, robada á la sociedad á los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, á quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bien estar...? ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un monton de tierra...? ¡Adulacion, adulacion por todas partes...! "Aqui yace don... arrebatado por una enfermedad á los 87 años..." ¡Lisonjeros! escuchad á Montaigne, y él os dirá que *á cierta edad no se muere mas que de la muerte...* Pero alli veo sobre una lápida un genio apagando una antorcha, sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un nombre oscuro; ¿ni cómo podia ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el dia escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, ó no se entierran aqui... Y sino, ¿dónde se hallan Isla, Olavide, Cienfuegos, Melendez, Moratin...? Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos á otro patio, por ver si se encuentra alguien... nadie... la misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que esprese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el dia de la muerte, y nada mas... y de este otro lado aun no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar á la generacion actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro?

Ayuntamiento de Madrid

¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada...? Sí, corro á hablarle...

—Buenos dias, amigo.—Buenos dias, me contestó el mozo como sorprendido de ver allí á un viviente. ¿Qué queria usted? añadió con el aire de un hombre acostumbrado á no hacer tal pregunta.—Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio.—Sino es mas que eso, véale usted; pero algo mas será.—No, nada mas; ¿acaso tiene algo de particular esta visita?—Y tanto como tiene. ¡Ay señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga á turbar su reposo.—Esta espresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflecsionar seriamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.—¡Qué quiere usted! contesté al sepulturero, todavía no se ha desterrado la preocupacion general contra los cementerios.—A la verdad que es sin razon, pues ya conoce usted, caballero, cuánto mejor estan aqui los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este orden... recorra usted todos los patios, no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar á la vista; mas por lo que hace á las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer dia de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valia mas que no lo vieran, pues

Ayuntamiento de Madrid

la mayor parte vienen mas por paseo que por devocion, y mas preparados á los banquetes y algazara de aquel dia, que á implorar al cielo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que asi se llamaba el sepulturero; y asi fue que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal ó cual nicho mas notable; depues llegamos á un sitio donde habia varias zanjas abiertas, y en una de ellas... "¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mugeres ú hombres; pero esta pobrecita, ¡qué buena moza...!" y urgando con su azada me dejó ver una muger como de veinte años, jóven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetia: "¡ay Dios mio! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento!" Esta esclamacion enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadon sobre los hombros.

Sin embargo, la probidad de José estaba á prueba de tentaciones, y asegurado por ella me atreví á declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre... — ¿Cómo

Ayuntamiento de Madrid

se llamaba? — Don...— ¿En qué año murió?— En 1820.— ¿Ha pagado usted renuevo?— No; ni nadie me lo ha pedido. — Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.— ¿Cómo?— Sí señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años se saca el cuerpo. — ¿Y por qué no se me ha informado de ello?— Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que... pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, asi lo hicimos, pasamos á la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: "Dia 5 de enero: don... número 261." Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mio! Ya no estabas alli... otro cuerpo habia substituido el tuyo; ¡y tu hijo, á quien tú legastes tus bienes y tu buen nombre, se veía privado por una ignorancia reprensible del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba...! Entonces José, llevándome á otro patio bajo de cuyo suelo está el *osario* ó depósito general, puso el pie sobre la piedra que le cubre diciendo: "*aqui está*;" á cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí, seguíle con paso trémulo y entramos por una puertecilla á la esca-

Ayuntamiento de Madrid

lera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho, "Vea usted desde aquí, me dijo, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado y bien dispuesto!" y parecia complacerse en mirarle... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y despues sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedra filial ha elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que inmortalizó su valor (1). Despues, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa corte, cuyo lejano rumor y agitacion llegaba hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué...? para venir á hundirse en este sitio... Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

« *Mihi frigidus horror*
membra quatit, gelidusque coit formidine sanguis. »

abrimos la puerta á tiempo que el compañero Francisco, guiando á cuatro mozos que traían un

(1) El sepulcro del marqués de San Simon, erigido por su hija en un sitio cercado é independiente del cementerio. Napoleon condenó á muerte á aquel benemérito general por el teson que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de diciembre de 1808, y su hija alcanzó del emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpetuo en Francia.

Ayuntamiento de Madrid

ataud, nos saludó con estrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese á salir de alli. Preguntéle de quién era el cadáver que conducia, y me dijo que de un poderoso á quien yo conocí servido y obsequiado de toda la corte... ¡Infeliz! ¡y no habia un amigo que le acompañase á su última morada...!

Seguí lentamente la vereda que me conducia á las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animacion del pueblo, parecíame ver una tropa que habia hecho alli un ligero alto para ir á pasar la noche á la posada que yo por una combinacion estraña acababa de dejar.

Ayuntamiento de Madrid

Pretender por alto.

«Il n'est guère moins necessaire
de voir ce qu'il faut éviter
que de savoir ce qu'il faut faire.»

Mme. Deshoulieres.

«Tan útil es saber lo que debemos evitar como lo que debemos hacer.»

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme reduciendo á un corto número la clase de propietarios; donde la consideracion de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posicion no ofrece al comerciante empresas grandes, cuya industria tiene que ser limitada á cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de produccion, ¿cómo estrañar que una gran parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida por el nombre de *empleo-manía?*

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginacion una mañana que me hallaba sentado entre la

Ayuntamiento de Madrid

inmensa multitud de postulantes en un rincon de cierta antesala adonde me habia conducido no la ambicion propia, sino la ecsigencia agena; esto es, aquella obligacion tácita que á juicio de los amigos de provincia contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones á disposicion suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mio que espontáneamente me habia encargado de una pretension suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reir á mis lectores á costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban; no hablaré de la pretension y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros, como igualmente de esplayar las reflecsiones, si bien graves, si bien burlescas que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algun dia me vinieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy bastará para inteligencia de mi narracion el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia á la susodicha antesala, despues de ponerme al corriente de las innumerables fisonomías demandantes de la capital, y despues, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido

Ayuntamiento de Madrid

un decreto de N., esto es, "*negado*;" con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me habia hecho ya olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer reves le habria curado de su enfermedad; pero tuve que desengañarme del todo cuando una mañana me le encontré en mi habitacion y me esplicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la corte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose á un espejo, me dió á conocer á primera vista la sobrada confianza que le merecia su persona, asi como tambien la esplicacion de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mio; en vano le dí á entender que yo no conocia otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros mas bien los creía derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intencion era *pretender por alto;* tal fue su espresion.

Confieso á la verdad que se me pasaron fuertes ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fue en hablarme de sus méritos, encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenia que adquirir en Madrid méritos, cono-

Ayuntamiento de Madrid

cimientos y modales; por último, para prueba de su buena estrella, y de aquel *no sé qué* que segun él le acompañaban, me contó la notable adquisicion que habia hecho la tarde anterior, á saber: la amistad íntima contraida con un *don Solícito Ganzúa*, que *por casualidad* se habia hallado presente en la posada á la hora en que él llegó. Este personage, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso tambien de su equipage nada modesto, entró en conversacion con él, le habló largamente de sus relaciones en la corte, escuchó con atencion la benévola confesion del recienvenido, y aconsejándole con el mayor desinteres la mas completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa proteccion, sin mediar (por ahora) otro interes que el de la simpatía con que habian simpatizado. Esto, unido á una prolija esplicacion de los ardides de que podria ser víctima en la corte (escepto el de los protectores aparecidos), dejó á mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algun espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejéle, sí, que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la corte no se aprende sino en la corte misma, con lo cual no pondria reparo en matricularse como estudiante en ella. Todo lo

Ayuntamiento de Madrid

escuchó con atencion, y aun prometió observarlo; pero lo hizo de una manera que consideré que solo el escarmiento podia curarle; asi que, me limité á vigilar sus pasos (lo que pude hacer con mas comodidad por haberse venido á vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solícito desde entonces se hizo gran amigo de la casa; entraba y salia en ella, cuándo con una lista de vacantes, cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores de memoriales, ya con esquelas recomendatorias; y luego para diferenciar, le proporcionaba á mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines, cuyos obsequios y actividad le hacian á él hallarse mas complacido y á mí mas receloso.

Yo guardaba el dinero de mi huésped, y esto me tenia seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle; y aunque observé que sus gastos iban en un aumento mas que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podria contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien se me alcanzaba que en la corte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y confirmábame en ello cuando le veía acompañado de personas de gran tono, ó ya sentado en un palco entre seda y plumas, ó tuteándose con un duque en una partida de *ecarté*. En fin, su seguridad y satisfaccion eran tales, que me hacian dudar á mí mismo.

Ayuntamiento de Madrid

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta agitacion, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y sí á mí: preguntóme si sabia por casualidad si mi amigo habia ido á casa de doña *Melchora Tragacanto*. Díjele que no sabia, tanto menos cuanto que era la primera vez que el dicho nombre llegaba á mis oidos; con lo cual, y con una mirada escrutadora que le dirigí, no pudo disimular su turbacion, ni reparar la indiscreta falta que habia cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios conocido, que venia á entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mia, habia girado contra su casa y aquel habia negociado. Recogí el dinero, y solo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver á mi amigo; pero no lo hubiera conseguido facilmente si la suerte no me hubiera ayudado, y hé aqui el cómo. Un coche que paró á la puerta á corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendria en persona á visitarnos; pero solo se presentó un caballero bien portado, á quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolucion no me gustó gran cosa; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando saliendo á su encuentro reconocí en él á *Perico*, mi antiguo criado, cuyas repetidas travesuras me habian causado en otro tiempo bastantes disgustos! No pude contenerme,

Ayuntamiento de Madrid

hablé con la mayor estrañeza pidiéndole esplicaciones de aquella farsa, y aprovechando el anegamiento en que le habia constituido mi inesperada aparicion, le pregunté con resolucion quiénes eran doña Melchora Tragacanto y don Solícito Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos sino me descubria la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces sin poderse contener, y mientras me pedia perdon de sus enredos, me entregó una carta abierta dirigida á mi amigo, y concebida en estos términos.

"Amiguito mio: segun lo que acordamos ano-
» che, y á fin de cumplir con quien conviene, le en-
» vio á nuestro don Judas con el pagaré que usted
» me dejó, para que se sirva entregarle la suma con-
» sabida, de que le dará recibo, y antes de la noche
» tendrá usted en su poder el resultado; rompan us-
» tedes esta carta, y hasta la noche, que venga por
» acá á que le demos una enhorabuena. Su fiel amiga
» y desinteresada servidora = *Melchora Tragacanto.*"

Acabada que fue la lectura de la carta, Perico me rifirió por menor las circunstancias de la tal señora, que eran singulares; porque ella vivia con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades sin mas que aparentar una proteccion de que absolutamente carecia, para lo cual habia tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban á la corte. Entre otras tenia varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de hués-

Ayuntamiento de Madrid

pedes, los cuales, introduciéndose con los recien-venidos, les brindaban su proteccion, adquirién-dose su confianza; luego les presentaban en casa de ella, y alli se obstentaba rodeada de una comparsa, á la cual repartia los papeles que la convenian, para que el pobre forastero seducido cayese en el lazo y soltase prenda. "Podria contarle á usted (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo, pero solo me limitaré á decirle que su pariente es el ob-jeto del dia, y que yo era el encargado de enga-ñarle, y de terminar esta farsa cogiéndole una cantidad que él debia negociar hoy. Pero ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene usted lo que yo debo hacer para complacerle y enmen-dar mi delito."

Grande fue mi indignacion durante el discurso de Perico; pero despues de reflecsionar bien, pare-cióme que no era tiempo de desahogarle, antes sí de sacar partido de la feliz combinacion que me hacía dueño del secreto de aquellos malvados; y asi, dejando de tomarlo por el lado serio, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar á la protectora y al protegido, y divertirnos al mis-mo tiempo.

No tardó en llegar mi buen huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que habia hecho negociar, y presentándoseme luego un caballero con aquella firma suya, se los habia entregado; al mismo tiem-po puse en sus manos un pliego, que supuse que

Ayuntamiento de Madrid

el mismo sujeto me habia dejado; abriólo con precipitacion, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándome con aire satisfecho: yo afectaba la mayor indiferencia, y luego que le vi cambiar de color y conmoverse al leer el pliego me escurrí bonitamente al gabinete inmediato; pero no bien lo habia hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido, y vertiendo contra mi amigo las mas horribles imprecaciones; seguíanla don Solícito y Perico, el cual se vino á reunir conmigo al gabinete. El pintar los muchos reproches, las invectivas que se dijeron y la bulla que armaron, sin llegar á entenderse, fuera negocio largo de referir; y ¿por qué todo ello? (Travesuras que me sugirió Perico.) Que mi huésped habia encontrado en el pliego que yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente motete:

De un pretendiente novicio
Castigando la ambicion
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Le doy heróica leccion.

Y doña Melchora en el talego que yo la habia remitido se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de á dos cuartos, nuevas y relucientes, como recien fabricadas que eran con el cuño de

Ayuntamiento de Madrid

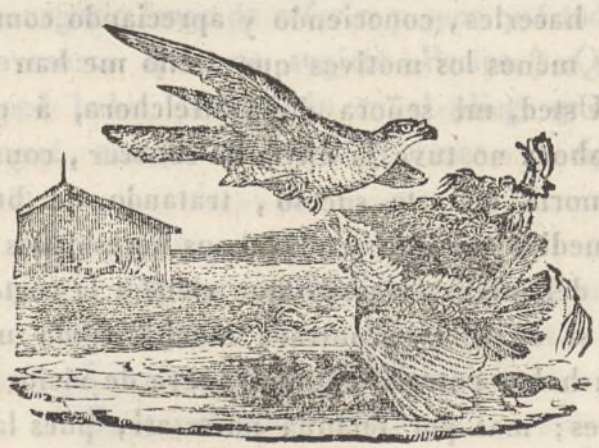
Segovia, y atravesada entre ellas la coplilla que aqui campa:

De una astuta cortesana
Pago la falaz intriga
Dándola una leccion sana;
Desnude á otra oveja, amiga,
Que yo vuelvo con mi lana.

Despues que Perico y yo nos cansamos de reir y ellos de gritar, salí de mi escondite, y dirigiéndome á ellos, "Señores mios, les dije, ustedes habrán de disimularme la burleta que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando como no podrán menos los motivos que á ello me han movido. Usted, mi señora doña Melchora, á quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir á sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene á la corte, el cual, si en ella encontrára muchas como usted, creeria haber entrado en una cueva de vicios y de horrores; mas por fortuna no es asi, pues la vigilancia del gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago; y usted, señor pretendiente por alto, ó mas bien por bajo medio, sírvale de escarmiento lo pasado; y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razon y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdade-

Ayuntamiento de Madrid

ro mérito se coloca él mismo á la altura de los honores, sin elevarse á impulso de una bajeza. En cuanto á ustedes, señores subalternos de tan pérfida intriga..." Iba á continuar, pero al volver mi cabeza á uno y otro lado, eché de ver que me habia quedado sin oyentes, pues todos habian desaparecido confusos y avergonzados.



Ayuntamiento de Madrid

La Político-manía.

« Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente. »

Góngora.

Pero señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿Todo ha de ser proclamas, y discursos, y notas, y discusiones, y cálculos, y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo Ginebrino mas que de oidas en un sermon, ni al presidente de Bordeaux mas que de vista en la comedia de la *Llave falsa*, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes? ¿Ó habré de estar siempre sujeto á que mis discursos salten á cada paso de la prensa para ceder su lugar á cualquiera disertacion política que impolíticamente venga á tomarme la delantera?

--Sí señor, preciso será que usted lo sufra: no faltaba mas, sino que ahora que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combina-

Ayuntamiento de Madrid

ciones, ahora que los periódicos (crónicas mas ó menos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japon, nos viniese usted con tres ó cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres; eso, amigo, desengáñese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epígramas de la Crónica ó los versos de Rabadan formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho sino se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres.—Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame á mí que esto de la política no es, ó á lo menos no debia ser para todas las cabezas, asi bien como ciertos alimentos no son digeribles á todos los estómagos; y por otro lado estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino, y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirian con algun motivo; creía yo ¡qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan dificiles de comprender como de tratar, y que solo una disposicion natural y un estudio profundo podian conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos. —Pues señor mio, debe usted convencerse de todo lo contrario, y sino, escuche usted las conversaciones de hombres y mugeres, de viejos y de niños, de grandes y pequeños; escuche sus reflecsiones, sus discusiones y sus conclusiones,

Ayuntamiento de Madrid

y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia natural que se da espontáneamente en nuestras cabezas sin mas preparativos ni sementeras; y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solon Ateniense. -- Asi será bien que lo crea, pues que el inapelable dictámen de usted me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinion), ¿me permitirá usted que le entretenga con un v. gr. que, ó yo soy un bolo, ó viene aqui de molde? ¿Sí? Pues oígale usted.

Yo tenia un tio llamado don Gaspar, el cual tio era natural de Navarra, y siéndolo, podrá usted venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero, honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habian limitado á las primeras letras y algo de contar, con lo cual, y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y despues en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella, y con una posteridad correspondiente, habia llegado en paz á la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolucion de 1808 vino á alterar su tranquilidad mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquel

Ayuntamiento de Madrid

"*no importa*" que por tantas veces ha hecho triunfar á nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinion, como en el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus patrióticas ideas convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticiosos de Madrid; los cuales, reunidos dia y noche, se complacian en tejer fábulas análogas á sus esperanzas, que á pocos instantes de concebidas pasaban por acsiomas á los ojos de los mismos que las habian formado; y era lo mas gracioso de esta escena el oirlos glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado favorable; v. gr., decian aquellos: "en la batalla de tal perecieron quinientos franceses;" al instante no faltaba uno que replicaba: "algunos mas serán;" continuaba luego el boletin diciendo: "y cinco mil de los españoles;" y todos prorumpian esclamando: "¡ya se ve, ellos qué han de decir!" Asegurábase que tal plaza habia sido ocupada por los enemigos.—"Imposible."—Hombre, que lo dicen las cartas.—"Se equivocan las cartas."—Que lo dan de oficio los periódicos.—"Mienten los periódicos." Pero al fin las semanas y los meses pasaban, la noticia se confirmaba, y entonces mi tio solia decir con aire misterioso y satisfecho: "No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del lord; tanto mejor, dejarlos que se internen." Y estando en esto solia entrar algun otro, á quien dirigiéndole el saludo ordinario de "¿qué hay de nuevo?" no dejaba nunca de respon-

Ayuntamiento de Madrid

der: "Hombre, yo no sé; dicen que se van;" "dicen que vienen los nuestros;" con lo cual las esperanzas de toda la reunion se fortificaban, y mi tio con el mapa delante solia lucir entonces sus conocimientos geográficos y estratégicos, haciendo maniobrar la caballería en la cumbre del Moncayo, ó acampar la artillería en medio en medio del Guadalquivir.

Pero en fin, aquella época pasó, y mi tio vió realizadas sus esperanzas, sino por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroismo de la nacion entera. Parecia, pues, natural que restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaria mi don Gaspar á su tranquilidad primitiva, y haria prosperar su comercio con el mismo interes que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personage principal entre los demas espíritus infernales) se habia agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas, antes bien atormentándole con sus contínuas inspiraciones le hacía correr aquí y allí buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial. Levantábase al amanecer, y su primera operacion era rodearse de todos los periódicos nacionales y estrangeros que podia procurarse; los primeros los leía sin entenderlos, y los se-

Ayuntamiento de Madrid

gundos los entendia sin saberlos leer; quiero decir, que como ignoraba otras lenguas que la suya, solo podia adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analogía; con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacía él su composicion de lugar para formar luego su opinion; y solíale acontecer á veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, ó hacer maniobrar á un rio creyéndole general de division.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creía en estado de poder fijar todas las cuestiones, salia á la calle, y sin mas rodeos se dirigia á la Puerta del Sol, donde siempre tenia dos ó tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad para oir de su boca los proyectos ulteriores del ruso ó los secretos recónditos del inglés. Alli era el oirle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con mas garbo que un sastre opéra en una pieza de tela; alli el verle saltar montañas, adjudicar rios, firmar tratados, pasar notas, espedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes á un prestamista sobre alhajas, á un corista de la ópera, dos mozos de saco y tres aprendices del almacen. Luego pasaba á los cafés, y alli rodeado de oficiales á medio sueldo y de paisanos sin sueldo alguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operacion era pedir la gaceta para vol-

Ayuntamiento de Madrid

verla á repasar; despues, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusion, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinion los sabian *de muy buena tinta*, y citando autoridades tales que cualquiera hubiera creido que habian cenado la noche anterior con el rey de Francia ó con el emperador de Rusia; hasta que cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del correo á ver si era cierta la salida del estraordinario, otros al gabinete de lectura á cielo raso de la calle de la Paz, cuál á las tiendas de la calle de la Montera, cuál, en fin (y éste era mi tio), á la escalera de Palacio á ver subir y bajar los magnates, y augurar sobre las arrugas perpendiculares ó transversales de sus semblantes lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba á comer á su casa, y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguian sacar de aquella abnegacion, de aquella cavilosidad que constituían ya su estado favorito; tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia sobresaltada le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que habia declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvia lleno de alegría, y averiguada la causa sabiamos que era nada menos que la mudanza del

Ayuntamiento de Madrid

ministerio dinamarqués. Por la tarde salia rodeado de dos ó tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios estraviados y solitarios, parándose á cada momento y disputando á voces sobre la navegacion del Escalda, ó sobre las fronteras de Hungría. De alli venian á nuestro pais, y hacian caer á su antojo todos los magnates, substituyéndolos inmediatamente por otros; luego decian en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente; y toda esta máquina continuaba despues en el café, sazonada con un bol de ponche, ó en la tertulia entre jugada y jugada del ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tio decayeron á medida que se habia ido ocupando de los negocios públicos, siendo tanto mas chocante, cuanto que á pesar de que su muger, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella escitándole á pretender algun empleo, él nunca vino en ello, porque decia que no queria sujetar su opinion ni depender de ninguna influencia; mas por de pronto aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres ó cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto á otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dió con él en el hospital de Toledo, adonde se estretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los de-

Ayuntamiento de Madrid

mas locos, que si he de decir verdad, podia pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos á ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relacion de acreedores, y un sistema completo de amortizacion de la deuda pública; dos ó tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su muger; tres ó cuatro libros de filosofía, y una pistola, que segun él repetia, era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educacion pública, y cuatro muchachos que no sabian leer; un...

—Basta, basta, interrumpió vivamente don Zoilo con el rostro encendido y la voz trémula; basta que usted me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca usted en presentarme las que sucederán despues de mi muerte.—Yo, amigo, no intenté...—Conozco la sana intencion de usted, estoy convencido de que de ninguna manera fue el retratarme; pero ¡ay amigo mio! me ha presentado usted un espejo y me he mirado en él: ¿quiére usted mas?—Pues si ello es asi, debo felicitarme por la conmocion que usted manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.—Sí, amigo, desde este momento encuentro que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interes que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su pais y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones age-

Ayuntamiento de Madrid

nas á mi obligacion y á mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al orden y la felicidad pública. -- Entonces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado esclamé: ¡Ay, amigo mio, si todos me entendieran como usted!

Ayuntamiento de Madrid

El Aguinaldo.

«*Omnia tempus habent, et habet sua tempora tempus.*»

TRADUCCION SUELTA.

«Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento.»

El inimitable Mr. de Jouy, á quien sería preciso citar á cada paso tratándose de costumbres, consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Hermitaño* á describir la de las *estrenas* (*etrennes*) ó regalos de año nuevo que tan en voga estan en Francia y en otros paises, y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, á quien en un dia de año nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados á Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar á buen agüero. Por qué tanto aquel año fue para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándolos *strenæ*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *etrennes*, y la castellana *estrenas*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

casi del todo, sin duda porque la costumbre á que se referia ha caducado tambien, pues si bien es cierto que aun se conservan algunos regalos de principio de año, á consecuencia de la burlesca ceremonia aun bastante generalizada en las tertulias de sacar á la suerte en la víspera de año nuevo parejas de hombre y muger, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra generosidad pocos dias antes en las dádivas llamadas de *aguinaldo* con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les etrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice: "*y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo*, cobré mi *aguinaldo* de los señores de aquella corte;" mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto orígen. Tal lo siente el famoso Cobarrubias cuando la hace venir de la voz arábiga *guineldun*, que significa regalar, ó de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en dia de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (ó *aguilando* como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es una costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre?

Ayuntamiento de Madrid

¿Consiste acaso como en Francia (segun nos la describe el ya dicho Ermitaño) en un cambio mútuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el genio de los artistas ó el buen gusto de los literatos ostentan á porfia en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados á vivificar las artes y el comercio, ó á hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes ó cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos á verlo.

En el año de 1824 tenia yo en mi casa un alojado francés, oficial de la Guardia Real, el cual, por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España mas tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan facil como parece), y con este motivo, y siendo ademas de un natural amable y amigo de sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este francés son cosa de que mas de una vez he querido hacer partícipes á mis lectores, y que sirvirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del dia, solo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisien corres-

Ayuntamiento de Madrid

ponder con aquellas personas á quien debia obligaciones ó amistad de un modo relativo á su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre *les etrennes* que deberia regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras vino á proponerme sus intenciones, á saber. En primer lugar á cierto personage á quien él debia singular proteccion y benevolencia le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa; á una señora cuya influencia le habia servido de notable recomendacion la ofrecia un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; á su abogado defensor dedicábale una caja de ébano que contenia los códigos francés é inglés; al agente de sus negocios le brindaba un semanero con registros de *agenda* para todos los dias del año; á la esposa del escribano media docena de cuadros copias de Vernet con sendos marcos de relumbron; y por último, á la causa de su tormento un primoroso libro encuadernado en mosáico que contenia las poesías mas sentimentales de Lamartine. No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas; mas sin replicarle una palabra parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme á fábricas y librerías hice rumbo hácia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabia poder

Ayuntamiento de Madrid

encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné á mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis ó siete cartas redactadas en el ínterin, cuáles en prosa á lo Chateaubriand, cuáles en verso á lo Victor-Hugo, y todas alusivas á los diferentes objetos que remitia. V. gr., empezaba la del personage: "La voz de la sabiduría busca los oidos del sabio; permitid, señor, á los autores clásicos de nuestra literatura que vayan á acogerse bajo la superior inteligencia de usted;" y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores. Seguia la de la dama, diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad,
Ellos, señora, al dirigirse á tí,
De un corazon sensible á tu bondad,
La gratitud espresarán por mí.

Y á este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto. Empezaba la del abogado diciendo: "La ley de todas las naciones..." y sin dejarle proseguir le presenté un precioso bolsillo que contenia una cincuentena de escudos: proseguia la del agente: "Trescientos sesenta y cinco dias bien empleados..." y á este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me

Ayuntamiento de Madrid

hizo ver que me habia equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año: venia despues la carta de la muger del escribano, y lo mismo fue ver que se hablaba en ella de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de guarnecer la mas ámplia despensa. Por último, al prorumpir con la carta de la querida en la mano: "¿Qué podré yo dedicar á la vírgen de mis primeros amores que reuna en mas alto punto la sensibilidad y el gusto mas delicado?" Una caja de mazapan de Toledo, esclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aqui pudo llegar el sufrimiento de mi buen francés, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea apoyada por el bajo contínuo de los pavos, esclamó: ¿cómo? ¿qué es esto? ¿usted pretende ponerme en ridículo?—Nada menos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitársele á usted, ademas que yo creo haber cumplido sus intenciones; usted me encargó una coleccion de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y demas? unas aves disecadas, ¿pues qué les falta á esas para serlo? un código de leyes, yo le ofrezco un bolsillo lleno; un semanero, ¿y cuál mas á propósito que una cuelga de chorizos? una coleccion de cuadros, ¿y no lo son tambien los del tocino? una obra de ingenio, pues bien, segun mi dictámen pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero dejando á un lado las chanzas, amigo mio,

Ayuntamiento de Madrid

¿parécele á usted que estamos aquí en Paris? ¿ó piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libritos y de monadas? No, sino eche usted un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no señor; todas esas son ideas románticas que aquí no pegan, porque nosotros (á Dios las gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí señor, pero no podrian sacar á un hombre de un apuro del dia, y asi los agradecerian los regalados como por los cerros de Ubeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá como todos piensan de este modo; recorra usted esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetes (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza tan recomendada de los artistas; desengáñese usted, estos y no otros cuadros necesitamos en nuestras galerías. ¡Estátuas! ¡pinturas! ¡producciones raras de los tres reinos! ¡bravo! Asómese usted á ese balcon y verálas cruzar en todos sentidos, pero solo del reino animal y algunas pocas del vegetal para la colocacion de Noche-buena: en cuanto á piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera. Mire usted, mire usted todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea usted, chocolate... longanizas... confitura... turron... ¡y luego dirán! Pero acabemos de una vez; venga usted conmigo, y observe lo que sea

Ayuntamiento de Madrid

digno de observar. Y no hubo mas, sino que agarrándole del brazo dí con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provision de víveres capaz de asegurar á la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble del parche ó al estampido del cañon, todavía se le hacía insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas, el pestífero olor de los besugos *vivitos de hoy*, el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos cabeza abajo, pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban á la opinion pública los dichosos á quienes iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaban á las casas de sus conocidos de la corte á pasar las pascuas á mesa y mantel en justa retribucion de una cantarilla de arrope ó una cestita de bollos que traían de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel, cuál porque un asesino le habia llevado de un embion entrambas piernas del pastor del arcabuz, ó de la charrita de Belen; y en fin, el animado canto de los ciegos que entonaban

Ayuntamiento de Madrid

sus villancicos delante de las tiendas de beber.

¿Cómo (esclamaba el estrangero), y es esta la nacion sóbria y taciturna? — Eslo sin duda, pero *dulce est disipere in loco*, y algun dia en el año habiamos de hacer traicion á nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya. — ¿Mas cómo puede llegar á consumirse toda esa provision, que parece destinada á sostener un sitio de cuatro meses? — Yo le diré á usted. Dedicándose todos á la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los convites de familia; poniéndose unos á otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende usted que se aprecien los obsequios que usted preparaba? No, amigo mio: sea usted romano en Roma; espida desde este central depósito aves y turrones; omita el acompañarlos con elegantes misivas, que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted; y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarian á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE.

PÁG.

El retrato (12 *de enero de* 1832.). 1
La calle de Toledo (9 *de febrero.*). 10
La comedia casera (1.º *de marzo.*). 19
Las visitas de dias (19 *de marzo.*). 30
Las costumbres de Madrid (5 *de abril.*). . . . 39
Los cómicos en cuaresma (19 *de abril.*). . . 46
Isabel, ó el 2 de Mayo (2 *de mayo.*). 58
La empleomanía (10 *de mayo.*). 68
La romería de San Isidro (15 *de mayo.*). . . 77
Un viaje al Sitio (7 *de junio.*). 86
El Prado (21 *de junio.*). 100
Las casas por dentro (5 *de julio.*). 112
1802 y 1832 (9 *de agosto.*). 121
Tomar aires en un lugar (16 *de agosto.*). . . 131
El paseo de Juana (23 *de agosto.*). 142
El dia 30 del mes (30 *de agosto.*). 151
El amante corto de vista (6 *de setiembre.*). . 157
Las tiendas (20 *de setiembre.*). 168
El barbero de Madrid (27 *de setiembre.*). . . 178
El poeta y su dama (30 *de setiembre.*). . . . 187
Las ferias (4 *de octubre.*). 192
Riqueza y miseria (25 *de octubre.*). 202
El campo santo (1.º *de noviembre.*). 213
Pretender por alto (24 *de noviembre.*). 222
La político-manía (22 *de diciembre.*). 233
El aguinaldo (31 *de diciembre.*). 243

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL
1200013703
Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

PANORAMA

MATRITENSE

3 * 2

BHM
MB
1703

Ayuntamiento de Madrid